La Saturna

Domingo Miras Molina

PERSONAJES

que intervienen, por el orden en que lo hacen.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO, *famoso escritor.*

DON PABLOS, *su Personaje.*

LA COMADRE, *vecina que echa una mano en un compromiso.*

LA MOZA, *doncella en restauración.*

ALDONZA SATURNO DE REBOLLO, *llamada* LA SATURNA.

LA MADRE, *de la Moza o doncella que arriba se dice.*

EL MUCHACHO, *hermano de la misma Moza.*

LA HERMANA, *lo mismo.*

ANA CODILLO, *prima de Saturna.*

PEDRO QUINTANAR, *marido de la anterior.*

EL CORENCIA, *cómico.*

LA BERROCAL, *cómica.*

LA LÓPEZ, *cómica.*

EL AGUILERA, *cómico.*

EL AUTOR, *empresario de la compañía de cómicos.*

DON ALONSO CORONEL, *caballero principal.*

EL DUQUE DE BÉJAR, *venerable anciano.*

EL ALGUACIL, *evidente representante de la autoridad.*

DOS GUARDIAS, *instrumentos de la misma.*

EL PRESO, *quebrantador del orden, conducido al congruo castigo.*

UN LABRADOR, *hombre rústico y grosero.*

DOS PASTORES, *iletrados y silvestres*.

DON LOPE DE GUEVARA, *veterano de las guerras de Flandes*.

EL REY, *nocturno fantasma de agrestes descampados*.

VOCES DE MUCHACHOS, *alborotadoras y agresivas*.

UN NIÑO, *de tres o cuatro años, que no habla*.

CLEMENTE PABLO, *marido de Saturna*.

TRES VIEJAS Y DOS MOZAS, *vecinas auxiliadoras de la susodicha*.

Diversos fantasmones de lúgubre y temerosa presencia.

ACCIÓN: En España. En Segovia, Madrid, y el camino entre ambas.

ÉPOCA: Para los cuadros I y XII, calculo entre los años 1620 y 1625. Los otros diez deben andar por la década transcurrida entre 1580 y 1590.

Cuadro I

Una mesa, encima de ella, unos folios de papel fuerte un tanto revueltos, un tintero con su pluma de pato metida, y un candil de pantalla que alumbra el rodal. Frente a ellas don FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS **ocupa un sillón frailuno. Dicen que le da grande gusto el plumeo, pero ahora no lo parece: se rebuja en una manta, y no tiene cara de mucho contento.**

QUEVEDO.- ¡Medrados estamos, haber de topar siempre con la mesma tapia!... Miren qué lindo oficio éste de inventarse caminos para parir, apartando tripas como si fuesen cortinas o visillos, que cuando se llega a una salida resulta no ser buena, y hay que tornar al laberinto, para buscar a tientas otra vía. Cierto que no hay cosa más enfadosa que ésta de enmendar y corregir; ganas me vienen de darlo todo al diablo... **(Se saca la faltriquera un pañuelo hecho bola, extiende con precaución un pico y se suena.)** ¡Ay, bendito sea Dios, y en qué hora se puso la corte en Madrid!... **(Ha contemplado el burujo del pañuelo y se lo guarda.)** Si pudiera pasar en la manera que va... **(Coge un papel de la mesa, lo mira un momento, y deniega tristemente con la cabeza.)** No. Esto, así, no pasa. Esto no lo pasa nuestra censura en ninguna manera. Tendré que ver de arreglallo... **(Se queda meditabundo.)**

(De debajo de la mesa, donde apenas se le adivina acurrucado en la oscuridad sale la voz chancera y jovial de DON PABLOS**.)**

DON PABLOS.- Qué, ¿no soplan las musas, maestro?

QUEVEDO.- No sopla sino el airecico cabrón que se cuela por el postigo. Hijo Pablos, yo lo siento mucho pero habrás de cambiar el nombre de tu madre.

DON PABLOS.- Mire vuesa merced lo que dice.

QUEVEDO.- Harto lo he mirado. Ni en sueños, autoriza la censura el nombre que agora tiene.

DON PABLOS.- **(Saliendo de debajo de la mesa.)** ¡Pues qué! ¿Un nombre propio puede ofender?

QUEVEDO.- A nuestra censura la ofenden los nombres propios y los comunes. Y también los adjetivos, artículos, verbos, adverbios, pronombres, preposiciones, conjunciones e interjecciones. Las partes de la oración son sus enemigas, las de la Gramática sus pesadillas, los conceptos sus demonios y el pensamiento su Anticristo. Hay que prevenirse.

DON PABLOS.- Mentira parece que sea vuesa merced tan desconfiado. Agora reina don Felipe IV, que gusta de las buenas letras, y dicen que la censura va a abrirla mano... ¡Soplan vientos de apertura, señor mío!

QUEVEDO.- **(Escéptico.)** ¡Si, si, apertura!... Fíate de la Virgen y no corras...

DON PABLOS.- Déjelo, déjelo como está y no sea vuesa merced su propia censura. Al fin, no sabemos si pasará o no.

QUEVEDO.- ¿Que no lo sabemos? ¿No me dijiste que tu madre fue un poco alcahueta, un poco hechicera, un poco puta...?

DON PABLOS.- **(Interrumpiéndole.)** Sí, sí lo dije, no es menester repetillo...

QUEVEDO.- Pues no se puede llamar Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Los señores censores dirán que es burla de nuestra santa fe católica.

DON PABLOS.- ¡Adóbame esos candiles! ¿Todo mi linaje y parentela peca con el nombre'?

QUEVEDO.- Haz memoria, hijo, y mira si se llamaron de otra manera.

DON PABLOS.- ¿Y de qué otra manera se habían de llamar, cuerpo de tal?

QUEVEDO.- Piensa, Pablicos, piensa. Escudriña tu entendimiento, aguza tu ingenio, espabila tu sesera, pero dame otro nombre, por tu vida.

DON PABLOS.- **(Se encoge de hombros.)** Si sólo es eso, no pene vuesa merced por nombre de más o de menos. Escriba que se llamaba… **(**QUEVEDO **tacha y va escribiendo.)** Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo y nieta de Lépido Ziuraconte... Muchos la llamaban Saturna.

QUEVEDO.- **(Terminando de escribir.)** ...Ziuraconte. Bien está, agora no parece haber nada en el comienzo del libro que pueda darnos pesadumbre, aunque nunca se sabe. Escucha. **(Lee.)** «Yo, señor, soy de Segovia; mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo -Dios le tenga en el cielo-. Fue tal como todos dicen: de oficio barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa y, según él bebía, es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturna de Rebollo, hija de...»

DON PABLOS.- **(Le interrumpe.)** La Saturna, la solían llamar.

QUEVEDO.- Pero, ¿no estamos en que ese nombre no es de verdad?

DON PABLOS.- ¿Y qué, que no lo sea? Agora lo hacemos de verdad nosotros, y barras derechas.

QUEVEDO.- Así es, hijo Pablos. No hay más verdad que la que sale a la luz. Y dime, ¿era hermosa tu madre?

DON PABLOS.- Sí que lo era, sí. Tuvo muy buen parecer, y fue tan celebrada que todos los copleros de España hacían cosas sobre ella.

QUEVEDO.- **(Tomando nota.)** ¡Vive Dios! ¿Cosas sobre ella? ¿qué cosas?

DON PABLOS.- No me haga decir obscenidades, don Francisco, que ésta es plática de caballeros.

QUEVEDO.- Sigue, hijo, sigue...

DON PABLOS.- Era mujer de gran resolución y muchas habilidades. Hubo fama de que reedificaba doncellas, y obraba otras mil maravillas, no menos prodigiosas: transformaba a las viejas en jóvenes, y a las feas en hermosas...

QUEVEDO.- ¡Bienhechora!

DON PABLOS.- Padeció grandes trabajos la pobre por causa de mi padre, que a su oficio de barbero añadía otros gajes de más seguro y pingüe provecho...

QUEVEDO.- Les hurtaba la bolsa a los que hacía la barba...

DON PABLOS.- Así es, ya se lo había dicho. Aunque no lo hacía él solo, se ayudaba de un hermano mío de siete años que como tenía las manos chicas...

QUEVEDO.- Ah, pero ¿tenías un hermano? Eso no me lo dijiste. ¿Cómo se llamaba?

DON PABLOS.- Clementico. Yo era el más pequeño, y por eso no ayudaba a mi padre en su labor.

QUEVEDO.- ¿Y qué se hizo de Clementico? ¿Heredó el mayorazgo paterno, mientras tú te hiciste pícaro por ser el segundón?

DON PABLOS.- ¿Quiere vuesa merced saber la herencia que tuvo? Mi madre me dijo unas cosas y ocultó otras, pero atando cabos con lo poco que me acuerdo y lo que luego oí de otras gente...

QUEVEDO.- Cuéntame todo, Pablos. No te detengas.

DON PABLOS.- Sople vuesa merced ese candil.

QUEVEDO.- ¿Que sople el candil?

(DON PABLOS **sopla el candil. Oscuro. Se oye la voz del pícaro, jocosa y ligeramente agresiva.)**

DON PABLOS.- No lo necesitamos, señor don Francisco. Agora vamos a ver con los ojos del espíritu, y los candiles que esos ojos precisan están dentro de la cabeza. Espabile los suyos, encienda las luces de su ánima, que tanto más verá cuanto más alumbrada la tenga.

QUEVEDO.- **(Paciente.)** ¡Pablos!...

DON PABLOS.- ¡SSSSSt...!

(Silencio.)

Cuadro II

En una humilde cama de sucias y revueltas sábanas, una moza está tendida boca arriba, de través, y varias mujeres la sujetan con todas sus fuerzas. Por un lado, LA COMADRE **le tiene cogidos los brazos, a la vez que procura que no escupa un trapo que tiene metido en la boca para evitar que grite; por la parte opuesta,** LA MADRE **le agarra una pierna y la hermana la otra, manteniéndolas lo más separadas posible entre las despatarradas piernas de** LA MOZA**, que tiene la camisa remangada a la cintura. Se halla de rodillas la** SATURNA**, manipulándole los genitales con hilo y aguja. Es una hermosa mujer de treinta años: delgada, morena y ojinegra. Un muchacho de unos diez años sostiene un candil para dar luz a la** SATURNA **en su trabajo. La paciente, que es sana y vigorosa, se retuerce a impulsos del dolor y zarandea a las que la sujetan, obligándolas a apretar de firme.**

LA COMADRE.- **(Luchando por que no se suelten los brazos.)** ¡Vaya rejo que tiene la bellacona!

LA MOZA.- ¡Aaah! ¡Aaaaah!

SATURNA.- **(Con serenidad sin interrumpir su labor.)** Va a escupir el pañizuelo.

LA MADRE.- **(A** LA COMADRE**.)** ¡Teresa, el paño!

LA COMADRE.- ¡Harto hago! ¿No ves que no puedo?

LA MOZA.- **(Liberándose de la mordaza, con fuerza creciente.)** ¡Aaaauuu! ¡Aaaayyy...!

(La SATURNA **se incorpora prestamente, se inclina a través de la cama, y le mete el pañuelo en la boca con un movimiento rápido y seguro.)**

LA MADRE.- ¡Ay, puta! ¿Qué quieres? ¿Llamar al pregonero?

LA COMADRE.- **(Encima de la cara de** LA MOZA**.)** ¡Pendonazo, perdida! ¡Deshonra de tu casa!

LA MADRE.- ¡Saturna, sácale las tripas!

SATURNA.- **(Al tiempo que manipula.)** Sujeten vuesas mercedes y no la traten mal, que agora va a ser buena.

LA MADRE.- ¿Buena? ¡Buena para ahorcada, desde que nació!

SATURNA.- A ver, niño, esa luz, no te desvíes.

LA MADRE.- **(Dirigiendo la cólera hacia** EL MUCHACHO**.)** ¿Oíslo, señor don miedicos? Por Dios, que cuando acabemos os tengo de dar más de doscientos alpargatazos. ¡Ya veréis, si yo os enseño a sostener candiles!

SATURNA.- Sujete mi señora Fuencisla y no hable tanto, que por la boca se le van las fuerzas.

LA MADRE.- ¡Ay, que no hable! ¡Cómo se nota, hija Saturna, que es mi honra y no la tuya!

SATURNA.- Ya vamos a terminar. Agora te va a doler un poquito. **(Con una mano ensangrentada, acaricia y palmea el cuerpo de** LA MOZA**, dándole ánimo.)** Aprieta esos dientes, Teresica, y ten valor, que esto va a ser lo último, y te quedas más virgen que cuando fuiste parida. ¿Me oyes, prenda? ¿Vas a ser valiente? Sí, ¿verdad? Sujeten con fuerza. **(Manipula.)**

LA MOZA.- **(Retorciéndose.)** ¡Uuuuuh!

LA COMADRE.- ¡Ay, que me derriba!

LA MADRE.- ¡Quieta, putona! ¡Quieta!

SATURNA.- Échensele encima de las piernas, en la forma que dije. **(A** LA COMADRE**.)** Y voacé, encima de la cabeza, que no rebulla tanto. Ya terminamos. La luz, ¡niño!

LA MADRE.- **(Forcejeando, al** MUCHACHO**.)** ¡La luz, hereje! ¿No oyes a la señora?

EL MUCHACHO.- **(Respondón.)** ¿Pues, no he de oír? ¡Aquí tiene la luz!

LA MADRE.- ¡No contestes, Barrabás! ¡No contestes que te mato!... Aguarda, que ya te cogeré.

LA HERMANA.- **(Oscilando.)** ¡Ay, madre, que me levanta!

LA MADRE.- ¡Ten fuerte, melindrosa!

SATURNA.- **(A la paciente.)** Aguanta, aguanta, valiente mía, que ya acabo, y tienes un virgo más hermoso que cuando nacistes. Tente quietecica, tente.

LA COMADRE.- Si no hubieses hecho lo que no debías, no te tendríamos que arreglar.

LA MADRE.- ¡Que nos cuesta lo que no tenemos!

SATURNA.- **(Manipulando.)** Harto poco le cuesta, no se queje.

LA MOZA.- ¡Uuuaah!

LA MADRE.- ¡Treinta reales y cuatro docenas de güevos! ¡Más de lo que puedo!

LA COMADRE.- Mejor fuera habérselo dicho al padre, que él arreglara su honra con menos costa y más provecho.

SATURNA.- Sí, echándola al camino, a que fuese puta de arrieros.

LA MADRE.- ¿Al camino? ¡No conoces tú a mi Jacinto! Al punto que supiese que su hija no tiene lo suyo, la tomaba y la degollaba con el cuchillo de la carne, encima del lebrillo. No digo más. ¡La garganta le abriera, como a un marrano!

SATURNA.- Esto es hecho. **(Se inclina y aplica la boca a los genitales de** LA MOZA **cortando el hilo con los dientes. Al incorporarse, tiene la boca y el mentón chorreando sangre, pero está descansada y contenta.)** ¡Ay, qué hermoso me ha quedado! ¡Que vengan los doctores de la universidad de Salamanca, a ver si no es éste un virgo auténtico, legítimo y suficiente! **(A** LA MOZA**.)** Ya no te duele, ¿verdad que no, bobilla mía? Cátate otra vez doncellica.

LA MADRE.- **(Efusiva, abrazándose a** SATURNA**.)** ¡Ay, Saturna, qué manos de abadesa! ¡Manos de reina de España!

(SATURNA**, aún arrodillada, pone ante sí una olla. Se lava brevemente la cara, y luego lava** LA MOZA **con cuidado. Aplicándole trapos empapados.)**

LA COMADRE.- ¡Ay loado sea Dios! Ya puede venir Andresico el de la Tuerta cuando quisiere, que doncella está mi niña, que no hay más que pedir.

SATURNA.- ¿Luego para el de la Tuerta es la flor que hemos plantado?

LA MADRE.- Así lo tenemos concertado, sino que esta bellaca en un punto ha estado de darlo todo al diablo.

SATURNA.- **(A** LA MOZA**, mientras le aplica unos trapos mojados.)** Y a ti, Teresica, ¿te parece bien el mozo?

LA MOZA.- **(Aún algo llorosa.)** A mí sí, señora.

SATURNA.- Pues, ¿cómo le hicistes tan malas ausencias que te holgastes con otro, prenda mía?

LA MOZA.- **(Vergonzosilla.)** También me parecía bien.

SATURNA.- ¡Ay, qué amor de inocencia! ¿Así, a ti te parecen bien todos?

LA MOZA.- **(Más animada.)** Los hombres, sí, señora.

SATURNA.- **(Haciéndole una carantoña.)** ¡Con vos me entierren, hermana! ¡Ni nacidas del mesmo vientre, fuéramos más parejas!

(Le ha colocado unos trapos grandes y la está tajando para sujetarlos.)

LA MADRE.- **(No muy contenta de la conversación.)** Hija Saturna, mira no hagas caso de lo que esta tonta te diga, que ella no tiene tu agudeza, y te dirá mil patochadas sin fundamento alguno. **(A** LA MOZA**.)** Y tú, considera agora lo que haces. Virgo nuevo tienes. Ve de cuidallo mejor que el otro o, sobre eso, morena.

LA MOZA.- **(Mientras, ya fajada y bajada la camisa, es ayudada por** SATURNA **y** LA COMADRE **a meterse en la cama, otra vez compungida.)** ¡Ay, eso sí! Que, según me ha dolido y lastimado, lo he de tener por hijo de mis entrañas. Para mi santiguada, que no me lo toque ni el lucero del alba, en tanto que yo viva. A la sepultura me lo he de llevar.

LA MADRE.- Calla, boba, que no dirás sino necedades.

SATURNA.- **(Riendo.)** ¿Y para qué he trabajado yo entonces, luz de mis ojos? Los virgos son para rompellos, y tú tienes agora uno como un oro para que goces de marido sin sobresalto y miedo. Mírame a mí: cuatro virgos he quebrado yo con este cuerpo; el que truje al mundo, y otros tres que me puso mi madre cada vez con más cólera, que me los cosía de modo que creía morir.

LA COMADRE.- ¡Ay, Saturna, lo que tú habrás andado! ¡Lo que tú habrás andado!

SATURNA.- Otras hay con menos fama, que habrán corrido mientras yo andaba. Y no digo más.

LA COMADRE.- Di cuanto quieras, Saturna, que nadie te irá a la mano para hacerte callar. Casa es ésta muy limpia y muy honrada, donde nada se oculta ni hay para qué. Nunca a nosotras nos han salido plumas, como a alguna que yo me sé...

LA MADRE.- **(Interrumpiéndola.)** Calla tú, Teresa, y no des cordelejo ni saques disputas.

SATURNA.- **(Que ya se iba encarando a** LA COMADRE **y poniéndole un rostro poco tranquilizador.)** Alto, pues; sea así. Echemos pelillos a la mar, y miren si tienen una misericordia de vino que darme, que con la aguja se me ha secado la boca.

LA MADRE.- **(Dándose una palmada en la frente.)** ¡Cuerpo de Dios! Aparejado lo tenía para obsequiarte, y me he traspuesto tal, que agora paso por la vergüenza de que me lo tengas que pedir. **(A** LA HERMANA**.)** Andá, hija, trae la jarrilla que puse tras la puerta del corral porque refresque esta señora.

(Sale LA HERMANA**.)**

SATURNA.- **(Arreglando el embozo de la cama y besuqueando a** LA MOZA**.)** Alegra esa carilla, que ya pasó todo, bonica mía. ¡Alegría, alegría! **(A** LA MADRE**.)** Si a la noche le da un poquitico de fiebre no tengan pena, que eso es corriente. No la fuercen a comer, sino lo que ella tenga gana y le dé gusto. Y tocante a beber, nada hasta mañana; y luego, poquito; que más vale que se aguante la sed, que no que le duela cuando haya de mear.

(Vuelve LA HERMANA**, trayendo una jarra.)**

LA MADRE.- Llégate aquí, Doloricas, daca la jarra. Llégate más cerca, hermosa, ¿qué temes? **(Con una mano coge la jarra y, con la otra, a** LA HERMANA **por un brazo.)** ¡Ay, bribona! Nada más verte la cara, ya sabía yo que te has bebido la mitad.

LA HERMANA.- ¡Jesús, madre! Mire lo que dice, que en verdad no lo he catado, así muerta me entierren.

LA MADRE.- ¿No lo has catado, bellaca? Pues faltaba un dedo para el borde, y agora faltan tres, si no cuatro.

LA HERMANA.- **(Apartándose cuanto puede.)** Habrán sido los ratones.

LA MADRE.- **(Colérica, mientras** SATURNA **ríe.)** ¡Habrá sido la madre que me parió! **(Le suelta el brazo para darle un pescozón que** LA HERMANA **esquiva como una consumada maestra, poniéndose en cobro a distancia segura.)** ¡Ven aquí, no corras! **(La va a perseguir, y** SATURNA **la detiene.)**

SATURNA.- Ea, fuera disputas y alegremos las tripas, que estoy muertecita de sed, y ni por pienso he de proballo, si vuesa merced no me hace la salva.

LA MADRE.- Sea así. Por hacerte cortesía lo hago, amiga; no por gusto ni de vicio. **(Se encaja la jarra en la boca, y bebe sin tomar respiro.)**

SATURNA.- **(Interrumpiendo el arrobo** LA MADRE**.)** Paso, paso, madre Fuencisla, no se atragante, que ha ya mucho que dejó de respirar. Mire por su salud, que tiene familia.

LA MADRE.- ¡Ay, Saturna! Que Dios te perdone por haberme despertado, que estaba en la gloria bendita. Toma, hija, y enjuágate esa boca, que en Dios y en mi ánima, está fresquísimo.

SATURNA.- **(Toda sonriente, cogiendo la jarra.)** Deje, traiga, no se derrame.

LA MADRE.- **(Mientras** SATURNA **va empinando la vasija poquito a poco, que no hay más que ver.)** ¿Derramarse, dices? No, no haya miedo que se pierda una gota, según la disposición y arte con que lo tomas. ¡Cuerpo de mi padre, y qué gallardía y brío en el beber!

LA COMADRE.- **(Que lleva un buen rato sentada en los pies de la cama, con gran dignidad y mirando de reojo.)** Me voy, Fuencisla.

LA MADRE.- ¿Cómo, tan presto?

LA COMADRE.- Tengo de ir a mi casa a beberme un cuartillo de vino, que gracias a Dios tengo con qué, sin que me lo hayan de dar en otro lado. Conque quédate con Dios, y que no sea nada lo de la niña.

(Se levanta. SATURNA **ha dejado de beber, y la mira con asombro.)**

LA MADRE.- ¡No me saques de mis casillas, Teresa! ¡No seas majadera! **(Fuertes golpes dados en una puerta paralizan a las mujeres. La** VOZ DE ANA CODILLO **alterna con los golpes.)**

VOZ DE ANA.- ¡Señora Fuencisla! ¡Señora Fuencisla! ¿Está aquí mi prima, la Saturna? Abran, por Dios, que ha ocurrido una desgracia. ¡Aldonza! ¿estás ahí? ¡Aldonza!

SATURNA.- ¡Ay, Virgen! Mi prima es, que se quedó con Pablos mientras yo venía. **(Ha salido a abrir** LA HERMANA **y vuelve con** ANA**, a la que** SATURNA **sale al encuentro.)** Anica, ¿qué ocurre? ¿Cómo está mi Pablos?

ANA.- No, prima, no es Pablos. Pablicos está bien. Son los otros. Han ido a tu casa un alguacil y dos corchetes, y se han llevado presos a tu marido y a Clementico.

SATURNA.- ¡Santa María! Pero, ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

ANA.- **(Abrazándola.)** ¡Lo que tenía que pasar, Aldonza! ¡Lo que tenía que pasar!

LA MADRE.- No será nada, Saturna. Verás que los sueltan en seguida.

SATURNA.- **(Desasiéndose.)** Así ha de ser, o no seré yo quién soy. Al menos el niño no dormirá en la cárcel, que de aquí voy a casa de don Alonso Coronel de Zúñiga, y me ha de dar un papel de su mano con que me los dejen libres como el aire.

LA COMADRE.- ¡Don Alonso Coronel! ¡Qué papel te va a dar a ti don Alonso Coronel!

SATURNA.- Sí hará, que me conoce, y sé que me quiere bien.

ANA.- **(La abraza de nuevo.)** ¡Ay, Aldonza, vuelve en ti, que estás trastornada! Ese señor se fue a la corte la semana pasada, que tú mesma le hiciste unas rosquillas para el viaje y yo se las llevé por tu mandado, ¿no te acuerdas?

SATURNA.- **(Algo vacilante.)** Sí, sí es verdad ... se me había olvidado. **(Resuelta.)** Me voy a la corte. Me voy agora, y mañana estoy allí. Al otro, retorno con la carta de don Alonso. Tú te quedas con Pablicos estos dos días.

ANA.- Pero, ¿estás en tu juicio? ¿Vas a ir tú sola?

SATURNA.- Trocaré vestidos. En hábito de hombre, viajaré con seguridad. Queden con Dios. **(A** ANA**.)** Vamos.

ANA.- **(Saliendo con ella.)** Tú sola, es locura. Diré a mi marido si puede acompañarte.

(Salen. Oscuro.)

Cuadro III

Está cayendo la noche sobre los grises peñascos del puerto de la Fuenfría. Dos caminantes suben las cuestas. Son la SATURNA **y su pariente** PEDRO QUINTANAR**. Ella viste ropas de hombre, y muy a lo galán: coleto ajustado con cuello de randas, calzas atacadas que lucen las lindas piernas, y botas de camino; el sombrero, con su cinta y plumero; trae la capa recogida sobre un hombro por andar con desembarazo, y se muestra ligera y animosa.** PEDRO QUINTANAR **es hombre cuarentón, de no muy buen talle ni mejor cara; viste una como sotana morada que se ha recogido y arremangado para comodidad del camino, y lleva una alforjilla al hombro, bota al cinto, y un palo en la mano como suelen llevar quienes viajan a pie.**

PEDRO.- Ya es casi de noche. Sabía yo que nos cogía la noche en el puerto. Y no gusto de la oscuridad en los caminos. En la cama sí, pero no en los caminos. Y aún menos en éste, que lo hizo el diablo.

SATURNA.- Lo hicieron los romanos, Perico, no tengas tanto miedo.

PEDRO.- No soy yo hombre de miedos. Y tú, Marisabidilla, ¿cómo sabes eso de los romanos? ¡No te lo diría un fraile!

SATURNA.- Me lo dijo un estudiante.

PEDRO.- En la cama. Apostaré a que te lo dijo en la cama.

SATURNA.- Y ganas. En la cama fue.

PEDRO.- ¿De veras? ¿Así, cuando tú te acuestas con un hombre, hablas con él de los romanos? **(**SATURNA **ríe.)** Muy contenta estás, zorra. ¿Ya no te acuerdas de los que quedan en la cárcel?

SATURNA.- Harto me acuerdo, pero no saldrán más presto porque yo esté triste. De mañana en un día los pongo en casa, con la carta de mi señor don Alonso. Y fuera penas, que he de regalar a mi Clementico en tal manera, que se alegre de lo pasado.

PEDRO.- ¡Oh, qué ventura de Clementico! ¡Y cómo apreciara yo tener una madre tan linda! A buen seguro que nunca te haya visto en ese traje. ¿De dónde lo has sacado, Aldoncica?

SATURNA.- De mi cofre.

PEDRO.- ¿Diótelo el estudiante de los romanos?

SATURNA.- ¿Estudiante, dices? ¿Parécete ser éste vestido de estudiantes? De ámbar es el coleto, Perico. Ven, arrímate a goler, llégate. Pon las narices en mis pechos.

PEDRO.- Sí, sí, deja... Quita las manos. ¡Ay, qué olor tan sotil, qué delicado! **(La abraza.)** Ay... Ay...

SATURNA.- ¡Ay, puto, por qué me habré fiado! ¡Quita, suelta!

PEDRO.- Un abrazo no más, Aldonza. Este abracico, no más. Abrázame tú también.

SATURNA.- ¡Ay, qué tierno! Anda, hijo, si no es más que eso, aprieta fuerte, que otra cosa no has de tener.

PEDRO.- **(Teniéndola abrazada.)** ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

SATURNA.- **(Dejándose abrazar.)** Sea por siempre bendito y alabado. ¿Acabas ya?

PEDRO.- ¡Ay!

SATURNA.- **(Burlona.)** ¡Ay! Suelta, hombre, que te duermes.

PEDRO.- **(Soltándola despacio.)** ¡Oh, qué bien me ha sabido, pecador de mí!

SATURNA.- Si ya tienes el cuerpo satisfecho, podemos caminar. **(Reanuda la marcha.)**

PEDRO.- ¿Satisfecho? ¿Satisfecho yo? Mal me conoces, hermosa. Soy yo mucho hombre y, por Dios, que conmigo no valen burlas.

SATURNA.- ¿Y quién se burla, Perico?

PEDRO.- Tú te burlas. Y a fe que, si yo quiero, ha de pesarte. Que en descampado estamos, y de noche, y puedo hacer de ti lo que quisiere.

SATURNA.- **(Algo intranquila.)** Pedro, mira lo que dices, que soy prima de tu mujer, y amiga tuya que te quiere mucho. Por Dios, no pienses hacer conmigo alguna maldad.

PEDRO.- Haré lo que me dé gusto, que en el sitio y hora en que estamos tan mía eres como mis calzones. Así que aparéjate, que con este palo voy a santiguarte en tal manera que no te quede hueso sano.

SATURNA.- Paso, amigo, no más. Deja las amenazas, que parientes somos, y no es bien que me trates con tan duras razones.

PEDRO.- Yo te trataré como a la mesma reina, pero quítate las calzas.

SATURNA.- ¿Qué dices? No pienses que agora hemos de yacer, los dos en uno, que no es éste sitio ni ocasión.

PEDRO.- Al freír los güevos lo veréis.

SATURNA.- ¡Quita, quita! No pongas tú mano, que me rasgarás el vestido. Deja, yo me las quitaré por darte gusto.

PEDRO.- **(Mientras** SATURNA **comienza a descalzarse.)** Y también el coleto, camisa y cuanto traigas, hasta quedar en cueros como nacistes.

SATURNA.- ¡Ay, primo, eso no! Que hay en estas alturas un frío que muerde las carnes y si me quedo desnuda he de parar helada como carámbano.

PEDRO.- Yo te calentaré, no cures deso. Tú, quítate la ropa.

SATURNA.- **(Que, sentada en el suelo o arrodillada sigue desnudándose.)** ¡Oh, qué crueldad de hombre!

PEDRO.- Deja que te ayude.

SATURNA.- Ya termino. ¿Tú no te desnudas? Me vas a lastimar con los nudos y pretinas.

PEDRO.- Basta que la mujer esté en cueros, el hombre no es menester.

SATURNA.- **(Ya desnuda, cruzándose los brazos.)** ¡Oh, qué frío!

PEDRO.- ¡Ay, Aldonza, qué hermosa eres! **(Apartándole los brazos.)** Quita las manos, deja que te vea. ¡Qué blancura! Con la luz de la luna, pareces de leche y brillas toda.

SATURNA.- ¿Quieres que baile o haga gallardías porque me veas bien?

PEDRO.- **(Echándose sobre ella.)** No, déjalo. Soy yo mucho hombre, para pararme en cosas de tan poco momento. Yo soy de los de aquí te cojo, aquí te mato.

SATURNA.- Pues sea así, y a ver cómo te portas, galán.

PEDRO.- Agora lo veredes, dijo Agrajes. Aparéjate, que voy. Aguanta, tente ahí. ¡Ahaam!

SATURNA.- ¡Uuuuh!... ¡Oh!... ¡Qué asalto más brioso! Espárcete por la ciudad y apodérate della, que tuya es. Bate, bate fuerte en el castillo, que ahí se han refugiado tus maltrechos enemigos. ¡Ay, no haya cuartel, no perdones ni uno! Embiste, capitán, no desmayes que tienes en la mano la vitoria, va...

PEDRO.-**(Cadavez más desfalleciente.)** ¿Desmayar yo?No soy hombre yo que desmaye... Así... ¡Aaayyy...!

SATURNA.- Sigue, sigue adelante amigo, por tu vida. ¡Ánimo, león, no te quedes quieto!

PEDRO.- **(Con voz lastimosa y doliente.)** Ay, no puedo, Dios sea loado,¡ay!

SATURNA.- ¡Oh, y qué mal lo has hecho, desdichado, empezando tan forzudo! Todo tu poder gastaste en la muralla, y no te queda tropa para tomar las calles. Anda, ve de moverte un poquico, que yo te ayudaré, no me dejes con la miel en los labios.

PEDRO.- **(Inerte.)** ¡Ay!

SATURNA.- No hay para qué cansarse, estás como talego vacío. Tan arrogante como te mostrabas, y no he visto cosa que más presto acabe. Fuera, quítate de encima, que pareces una manta. **(Aparta a** PEDRO **y se incorpora, empezando a vestirse a toda prisa.)** No has hecho sino mancharme toda, marrano. ¡Vaya unos amores bien gozados! Yo me tengo la culpa, por provocar a este tonto… **(Se va entristeciendo.)** Mejor que haya sido así... Mi niño durmiendo en la cárcel, y yo aquí, holgándome con este animal... **(Se ha terminado de vestir, se prende la capa y se emboza en ella, dirigiéndose a** PEDRO.**)** Levántate, Perico, que hemos de caminar y está helando.

PEDRO.- ¡Ay, Aldonza, qué gran pecado hemos hecho!

SATURNA.- Dios nos perdonará. Levanta de ese suelo.

PEDRO.- **(Sin acabarse de levantar.)** Adúltera tú, y adúltero yo.

SATURNA.- Lo mío ha sido poca cosa. Anda, vámonos.

PEDRO.- Saturna, tú eres una mala mujer. Me has seducido con malas artes.

SATURNA.- ¡Pobrecito! ¿Te vienes, o me voy yo sola?

PEDRO.- Debí romperte el palo en las espaldas, cuando lo pensé. Así no hubiese pecado.

SATURNA.- Serías un angelico del Cielo.

PEDRO.- Los dos nos hubiésemos conservado puros, yo dando y tú recibiendo. Se habrían desvanecido las tentaciones de la carne. **(Se levanta poco a poco, apoyado en el palo.)** Como los santos padres de la Iglesia, que se azotan con disciplinas.

SATURNA.- Azótate tú en buen hora cuando sientas la tentación, y no te acuerdes de mis costillas.

PEDRO.- Más lo necesitas tú que yo, hermana, según eres de natural ardiente y dado a la concupiscencia.

SATURNA.- Lo pasado, pasado. No te acuerdes más de eso, y andemos.

PEDRO.- Eres voluptuosa y lúbrica, como la serpiente que hay a los pies de la Virgen. **(Caminando, vacilante.)** ¡Ay, cómo me has dejado sin fuerzas!

SATURNA.- Camina, que eso se pasa pronto.

PEDRO.- Que María Santísima lo haga como puede. ¡Ay, bendito sea Dios!

SATURNA.- Sea por siempre bendito y alabado.

(Salen. Oscuro.)

Cuadro IV

Luz mañanera sobre el camino real. La SATURNA **y** PEDRO QUINTANAR **caminan. Cansinos y con mala cara, tras una noche de mucho andar y nada dormir.**

SATURNA.- Ten buen ánimo, que ya queda atrás casi todo el camino. A media mañana, en la corte.

PEDRO.- ¡A media mañana! Pues aún nos quedan nuestras buenas dos horas, que no sé de dónde sacaré yo fuerzas que las sufran. Toda la noche andando como ánimas en pena, sin lugar para una mala cabezada. Supiera yo que me ibas a traer desta suerte, y así te acompañara como volar. No están hechas mis carnes para tantos trabajos, no. Mejor trato merecen.

SATURNA.- Nunca creí que fueses tan flojo, Perico.

PEDRO.- ¿Flojo yo, mala puta? No me hubieses tú quitado mis naturales fuerzas con aquellos meneos en la acostada de ayer, y agora me vieras más fresco y saltarín que un gamo. ¡Pues sí que soy yo hombre que se canse, bueno es el niño! **(Gran suspiro.)** ¡Ay! Sentémonos un poco, Aldonza, por tu vida, mira que no puedo con mi alma. Un credo no más, y luego seguimos.

SATURNA.- No, Pedro, que es peor. Que si enfrías los pies, han de dolerte.

PEDRO.- ¡Vete al diablo, con tu priesa! **(Se sienta.)** Yo no tengo parientes que sacar de la cárcel. Y a más, que yo soy el hombre varón, cabeza y caudillo natural desta expedición. ¿Qué andas ahí mirando?

SATURNA.- Ese es el carro que vimos parado en las Rozas. Presto pasará delante.

PEDRO.- **(Mirando a su vez.)** Sí, el de cómicos. A la corte va también esa canalla.

SATURNA.- Pero, hombre, ¿por qué injurias a esa buena gente? ¿Qué te han hecho a ti? Ni siquiera los hemos visto, sino su carro en la plaza del pueblo.

PEDRO.- Hablo de todos los de su oficio. Gente deshonesta y maliciosa, haragana y embustera, amontonada en caminos y posadas, y sin más ley que sus pésimas costumbres. Rufianes los unos, putas las otras, y todos igualmente desvergonzados y bellacos, por no decir herejes. ¡Así los viera ahorcados a racimos, sin que quedara uno!

SATURNA.- ¡Paso, Pedro, va! No hables de lo que no sabes, y mira que si no gustas tú del teatro, otros hay que les place.

PEDRO.- ¿Otros? ¡Mala peste para ellos! Gustar del teatro y gustar del pecado, todo es uno. Sólo por eso, ya habría para limpiar a España de toda esa caterva de cómicos y recitantes, mandando a galeras los que no fuesen quemados. **(Se desciñe y baja las faldas de su sotana morada.)** Y quiérome callar, que ya llegan.

SATURNA.- **(Viéndole sacar de su alforja su cajuela de madera.)** Pero, ¿qué haces? ¿Vas a demandar limosna para ánimas a los farsantes?

PEDRO.- Sí haré, que también los farsantes tienen muertos, y sus dineros también los hizo el rey.

(Asoma y aparece el carro de la farándula tirado por poderosas mulas. Va cargado de diversos fardos y enseres, y encima de los bultos están sentados los cómicos, mirando con curiosidad a la pareja. Algunos farandules caminan detrás, por estirar las piernas.)

EL CORENCIA.- **(A sus compañeros.)** Miren lo que se nos viene encima. Apostaré que ese nazareno morado viene a demandar limosna.

LA LÓPEZ.- Dále tú por todos, hermano Corencia, y luego haremos cuentas.

LA BERROCAL.- **(A la** LÓPEZ**.)** Vuelve, Nieves, y mira a ese otro. Dime si en todos los días de tu vida has visto un tal galán como él. ¡Oh, y cómo es lindo! Juraría que no le apunta el bozo.

LA LÓPEZ.- Como un oro es, a no dudar. Y va con éste, que lo está esperando.

PEDRO.- **(Haciendo sonar el contenido de la caja.)** ¡Acuérdense, hermanos míos, de las ánimas que penan por su pasada vida! ¡Quiéranme dar por su alivio y sufragio!

EL CORENCIA.- Mirad si no tenía yo razón.

EL AGUILERA.- ¿Animicas tenemos? Andad, hermano, norabuena, que más cerca estamos de pedir que no de dar, según están escurridas y enjutas nuestras bolsas.

LA BERROCAL.- Lléguese aquí el buen demandador, que yo le daré este real sencillo, pero ha de ser con condición que me diga si conoce al mancebo que allí se está parado.

PEDRO.- ¡Y cómo si conozco, si vivimos pared por medio, y sobre eso somos parientes! Yo haré que les hable, si vuesas mercedes gustan dello. ¡Dios se lo pague, y la Virgen sin mancilla! **(Gritando a** SATURNA**.)** ¡Eh, Aldonza! Ven, hija, que estas damas hermosas se han aficionado a ti y quieren conocerte.

LA BERROCAL.- ¿Aldonza dijo, hermano? ¿Luego, mujer es?

PEDRO.- Tan mujer como la madre que la parió. Y agora, con su licencia, voy a demandar las santas ánimas a esotros señores. **(Se dirige al grupo que sigue a pie.)**

LA BERROCAL.- **(Algo mohína.)** Dijéralo antes el bellaco desuellacaras, que así le diera yo mi real, como volverme turca.

EL CORENCIA.- Un real ha dado la hermana Berrocal por conocer a una puta en un camino, ¡quién lo había de decir!

EL AUTOR.- **(Que así es llamado el empresario de la compañía, y es quien guía el carro o carreta.)** Nunca tendrá nada esta boba. Dejárasme, hija Gloria, que yo te administrase los dineros, y no los tiraras desa suerte, que es lástima grande que así se pierdan.

LA LÓPEZ.- **(A** SATURNA**, junto a la que han llegado.)** Dios guarde, señor galán. ¿Adónde bueno? ¡Cuerpo de mi padre, qué talle y qué brío! Apuesto a que es soldado, que ya en viéndolo de lejos lo reputé y tuve por hombre de pelo en pecho.

SATURNA.- No hay para qué burlar, señora mía, que harto saben vuesas mercedes que soy mujer y no hombre, y donde no lo supieran yo se lo diría; que si traigo este vestido es por excusar peligros, no para engañar a las gentes de bien.

LA BERROCAL.- ¿Y no será vuesa merced, por un casual, de la casa llana?

SATURNA.- ¿Cómo dice?

LA BERROCAL.- Digo si no será vuesa merced puta.

SATURNA.- Ya, ya la entendí, sino que quedé suspensa de ser así tratada. Yo, señora, soy mujer casada, en Segovia vivo, y allí soy reina en mi casa, que es honradísima. Y si en ella quiere posar cuando pasen por mi pueblo, yo la regalaré con mucho gusto y disposición en cuanto mi hacienda lo permita y sin que tenga que pagarme hospedaje alguno, que marido tengo que me lo gana, sin que yo haya de hacer piruetas y bailes en las plazas, enseñando lo que Dios me dio.

EL AUTOR.- Alto, no haya más. Háganse las paces, señora Aldonza, que así creo que es su gracia, y si va a Madrid como parece, súbase al carro y hará el camino con más presteza y comodidad, que nos honraremos con su compañía.

SATURNA.- Nunca hice yo melindres a ofrecimientos hechos con tanta cortesía. Dios se lo pague, señor, que desde ayer tarde que salí de Segovia, no he parado de andar.

LA BERROCAL.- **(Ayudando, al tiempo que otros, a subir a** SATURNA**.)** ¡Santa María, toda la noche andando!

SATURNA.- **(A** LA BERROCAL**, al subir.)** Vuesa merced me perdone si hablé con desabrimiento. Estaba picadilla y agora me arrepiento, que quiero ser su amiga.

EL AUTOR.- Eso ha estado muy en su punto y bien hablado, que de amistad y concordia salen prosperidad y dineros. Abrácense las dos estrechamente y junten esos cuatro pechos besándose con agrado, que nada hay que parezca tan bien como dos mujeres hermosas que se tienen amor.

(Se abrazan con entusiasmo LA BERROCAL **y la** SATURNA**, y luego abraza esta a todos los del carro entre la algazara, bulla y aplauso generales. Los caminantes de atrás, en vista de ello, suben también al carro, que se llena y abarrota, y participan en la fiesta así como** PEDRO QUINTADA**, que mira de abrazar a las cómicas, siendo de unas recibido y de otras rechazado.)**

LA BERROCAL.- **(Una vez terminada la orgía de los abrazos.)** Siéntate aquí a mi lado, Aldonza mía, que quiero yo cuidar de tu regalo, y mira si quieres beber o comer alguna cosa.

SATURNA.- **(Sentándose junto a ella.)** ¡Ay, señora, y cómo la quiero bien! No quiero sino descansar, que estoy molida.

LA BERROCAL.- Háblame de tú por tú, y de hoy más seremos como hermanas. Cuanto tengo es tuyo, y en llegando a Madrid he de darte un vestido muy bueno, que allí no podrás andar en traje de hombre.

SATURNA.- ¡Oh, qué felicísima suerte he tenido en haberles hallado! Maravillada estoy de cómo se me agasaja y ofrece, sin de nada conocerme. A lo que yo creo, la bondad y descuido desta vida es lo que hace sus corazones liberales y generosos, sin la desconfianza y mezquindad de la gente común. Envidia tengo de su libertad y su alegría.

EL CORENCIA.- ¿Libertad? ¿Alegría? ¡Ay, hermana Aldonza, mira lo que dices!

LA LÓPEZ.- El dedo has puesto en la llaga, hermosa.

EL AUTOR.- Sábete, hija, que no hay oficio más desdichado que éste nuestro, ni más expuesto a las adversidades. Ha tres días, hallándonos en Ávila, los corchetes se llevaron a la cárcel a nuestra primera cómica, que es tal como no hay otra en España, y todo ello sin que supiésemos cómo ni por qué. Vea si no tengo razón para estar dado a todos los diablos, con la compañía menoscabada y el papel de la presa, que lo ha de hacer la Berrocal...

LA BERROCAL.- **(Lo interrumpe.)** ¡Con la mesma paga que agora tengo, dígalo también!...

EL AUTOR.- **(Desabrido.)** Cierra la boca, hija, no muestres tu ruin condición. ¿Quieres beneficiarte de la desgracia de una amiga?

LA BERROCAL.- Haciéndolo así, vuesa merced se beneficia, que no yo.

EL AUTOR.- Pues si no estás satisfecha, en la mano tienes el re medio, Berrocalica. Coge tus cuatro pingajos y ya puedes bajar del carro en busca de mejor acomodo, que a mí no han de faltarme cómicas que tomen con humildad y gratitud el pan que tú desprecias.

SATURNA.- **(Abrazando a** LA BERROCAL**, que comienza a hacer pucheros.)** No la trate mal, señor, que ella es buena y no hablaba con malicia.

EL AUTOR.- ¿Que no hablaba con malicia? Mejor la conozco que si la hubiese parido. Mucha paciencia es menester para gobernar a esta gente, y con ella más. Por esta vez la perdono, pero que aprenda cuál es su sitio, o por Dios que un día me canse y la ponga en la calle, ayudándola a salir con un pie en las posaderas.

SATURNA.- ¿Y han sabido algo de la que pusieron presa? ¿La soltarán presto?

EL AUTOR.- No lo sabemos de cierto, aunque pienso que sí. Hízose en la compañía colecta y recaudo, y adviértase que yo entré en la parte como uno más, y eso pese a ser yo el perjudicado, que cuando vuelva esa loca la he de atar corto. El dinero que juntamos dimos al verdugo porque la azote con penca sencilla y blanda, que dijo que así lo haría aunque, en todas maneras, le habrán de escocer las espaldas. Justamente hoy al medio día la sacan a azotar...

SATURNA.- ¡Ay, señor! No me acuerde vuesa merced los azotes, que se me revuelven las penas en el cuerpo. Este viaje hago por buscar carta de favor con que suelten a mi marido y mi hijito, que ayer pusieron presos.

EL AUTOR.- ¿Carta de favor? ¿Y conoces tú en la corte gente de viso que te la dé?

SATURNA.- Sí conozco, sí. Un caballero muy principal que no me niega nada de cuanto le pido.

EL AUTOR.- ¿Qué dije yo? Los amigos son antesala del favor y llave de la despensa. Denle, denle que coma a la buena Aldonza y regálenla...

SATURNA.- Tomaré alguna cosa por no decir que no, aunque agora el cuerpo no me pide sino hartarse de llorar. ¡Ay! ¡Un niño de siete años, que es tan para poco que no consiente en comer sino las delicadezas que yo le suelo dar de mi mano! ¡Ay!

LA BERROCAL.- No más, no más, no te quejes así, que se me parte el corazón. Vuelve en ti, amiga.

EL AUTOR.- Es uso entre nosotros disimular las penas y mostrar semblante alegre en todo caso. Mira tú de seguilla puntualmente, que en carro de farsantes no pueden verse lloros.

LA LÓPEZ.- **(Señalando adelante.)** Allí lo tenemos, ya se ven las casas.

EL CORENCIA.- **(Mientras todos, alborozados, se ponen en pie para mirar.)** ¡Madrid, casa de putas, a ver cómo te portas!

EL AUTOR.- Mirad, hijos, mirad la patria común donde todos llegan y caben. El desaguadero de tantos desdichados, que vienen a que se trueque su fortuna. Poco hemos de valer, si la nuestra no lo hace.

EL AGUILERA.- **(Echando al aire su sombrero.)** ¡Viva el rey!

EL CORENCIA.- **(Haciendo lo mismo con el suyo.)** ¡Y viva la madre que lo parió!

(Algazara general. El carro se pierde en las tinieblas del fondo oscuro.)

Cuadro V

DON ALONSO CORONEL DE ZÚÑIGA **se halla sentado en un gran sillón y lee en un pequeño libro que debe ser libro de rezos, pues bisbisea y a veces se santigua devotamente sin dejar la lectura. Viste de negro, y la blanca gorguera es una bandeja barroca que sostiene la pálida cabeza huesuda, de rasgos finos y espirituales. Las llamas de un candil, que hay al lado, sobre un rico escritorio, alumbran las hojas del librillo. Se oye un pulsar discreto en alguna puerta invisible en la penumbra.**

DON ALONSO.- ¿Quién es? Pase quien fuere.

(Entra SATURNA**. Trae los hombros y el busto arrebujados en un mantón bajo el cual asoma un vestido que parece lujoso. El peinado es de gran artificio y tiene la cara muy bien arreglada.)**

SATURNA.- **(Deteniéndose a cierta distancia. Humilde.)** Soy yo, señor don Alonso. **(Se adelanta un poco más.)** Aldoncica, la Saturna. ¿No me conoce?

DON ALONSO.- ¡Saturna! **(Deja el libro en el escritorio, permaneciendo sentado.)** ¡Jesús! Pero, ¿qué haces tú en Madrid? ¿Qué locura es esta? ¡Y en esta casa, Virgen María! Vete, vete en seguida.

SATURNA.- Señor, eso yo no haré en modo alguno, sin que antes me escuche vuesa merced.

DON ALONSO.- Esta tarde, a las vísperas, podrás encontrarme en la iglesia de al lado, y concertaremos vistas en un lugar discreto. Aquí no puedes estar, esta casa es de un gran señor que me hospeda estos días como a pariente y me importa guardar la honra. Sal, que no te vean.

SATURNA.- No puedo esperar, señor, tengo de volver a Segovia. He venido porque vuesa merced me dé un papel escrito de su mano para que suelten a mi marido y a mi Clementico, que ayer llevaron a la cárcel.

DON ALONSO.- ¿Sólo por eso has venido? En cinco días volveré yo a Segovia, y los haré soltar. Tú sal agora de aquí, y a la tarde nos veremos en la iglesia. Anda, vete.

SATURNA.- **(Echándose atrás el mantón y descubriendo todo el vestido, que tiene un desaforado escote.)** Don Alonso de mi alma, no me eche como a un perro, tenga caridad.

DON ALONSO.- ¡Ay, Aldoncica! En nombrando la caridad, has tocado mi punto flaco. Ven, acércate que te vea. ¡Oh, qué gallarda vienes, hija querida! ¿Qué vestido es éste, que pareces una gran señora?

SATURNA.- **(Mientras** DON ALONSO **le examina el vestido.)** No es mío, señor, sino prestado. Dejómelo una cómica, por no tener yo ropa decente que ponerme.

DON ALONSO.- ¡Aljófares son estos, en Dios y en mi ánima! ¿Una cómica, dices? No sabía yo que esas putas gastasen tal aparato.

SATURNA.- Señor, hágame la carta, por mi vida, que en cuanto la tenga he de partir.

DON ALONSO.- ¡Oh, qué gloria de pecho y de hombros!

SATURNA.- Déjeme por caridad. En Segovia me tentará su merced cuanto quisiere, y más que tentarme, ya lo sabe. Escriba, por Dios, que tengo priesa.

DON ALONSO.- ¿Priesa dices, alma mía, cuando apenas has llegado? Ven aquí, trae aquí...

SATURNA.- Señor, acuérdese de dónde estamos...

DON ALONSO.- Eso agora no importa nada.

SATURNA.- Que ésta es la casa de su pariente...

DON ALONSO.- ¡Qué pariente ni qué nonada! Estate queda, Aldoncica...

SATURNA.- Ay, no, señor, que no he venido a holgarme.

DON ALONSO.- Pero si no te voy a hacer nada, es sólo una caricia.

SATURNA.- Hágame la carta, por lo que más quiera.

DON ALONSO.- Dála por hecha, hermosa, pero deja que te bese.

SATURNA.- Cuando la haya escrito.

DON ALONSO.- ¿Es que agora no vas a fiar en mí?

SATURNA.- Señor don Alonso, al buen pagador no le duelen prendas. Vuesa merced escriba el papel, y yo le daré el beso más de corazón que haya recibido en todos los días de su vida.

DON ALONSO.- **(Deja de sobarla y adopta un gesto digno, con la delgada mano sobre el enlutado pecho y los ojos serenos e iluminados.)** Que Dios te perdone, hija. Que Dios te perdone, por no fiar en la palabra de un tal caballero como yo. En fin, tú eres villana, y como villana procedes. Haré lo que me pides, tendrás tu carta. Mas no porque tú me fuerces a ello con desenvueltas promesas, sino porque yo soy recto y compasivo de mío, y nadie podrá decir que llamó a mi puerta por pedirme una merced sin que la llevase sahumada. **(Pausa solemne. Mientras se sienta ante el escritorio y dispone el recado de escribir.)** Sé tú desconfiada, sé tú mezquina y ruin, que yo seré generoso y magnánimo. Así cada uno procederá según su naturaleza y linaje, y según el papel para el que Dios le puso en el mundo. **(Empieza a escribir.)** Vete desnudando, mientras yo escribo.

SATURNA.- ¡Ay, señor, qué más quisiera yo! Pero he de partir agora, por estar allí mañana.

DON ALONSO.- **(Escribiendo.)** No me quejaré, que ya te conozco. De hierro batido tienes el corazón, hija. De hierro batido.

SATURNA.- No tenga pena vuesa merced, que yo le prometo que, en volviendo a Segovia, allí me encontrará como una rosa de Mayo, aparejada para su servicio y todo su regalo sin estrecheces ni peligros. **(Corta pausa.** DON ALONSO **sigue escribiendo.** SATURNA **se le acerca, mirándole escribir.)** Ponga la carta con autoridad, señor, que no quede al alcaide agarradero ni escape por donde pueda excusarse de dejármelos libres como el aire.

DON ALONSO.- **(Sin dejar de escribir.)** ¿Y cómo ha sido? ¿Les han echado mano cuando le hacían a alguno la bolsa al tiempo que la barba?

SATURNA.- ¡Ay, mi señor don Alonso! ¿También va a dar vuesa merced en la flor de decillo? Pues sepa que esa no es sino calumnia de gente hideputa que nos quiere mal. Bellaquerías de cochinos envidiosos y muertos de hambre, que si tuvieran en la boca un arcabuz no harían más daño que hacen con la lengua. ¡Así viera yo ahorcados a más de cuatro que yo me sé!

DON ALONSO.- **(Que continúa su escritura. Con sosiego.)** Calla, Aldonza, no alces la voz. Sea por lo que fuere, no has de tener cuidado, que va la cartita tal, que en viéndola te los han de poner sueltos y libres como las pajaritas del campo.

SATURNA.- **(Eufórica.)** Así ha de ser como vuesa merced dice, y barras derechas. ¡No, sino ándense el negro alcaide y el escribano con trapicheos, y verán cómo las gasta mi señor don Alonso! ¡Bonito es él, para que le anden buscando las vueltas! Ponga, señor, ponga que los han de soltar al instante mesmo, sin tardar un punto ni tocalles un pelo.

DON ALONSO.- **(Firmando y secando la tinta.)** Ya está todo puesto y bien puesto, y atado y bien atado. La carta va como mía, que no hay más que pedir. **(Saca una bolsita de un cajoncillo del escritorio y la muestra a** SATURNA**.)** Mira que no te la quedes, sino dásela al escribano y al alcaide, y dí que se sirvan della para pago de costas. Esto hago yo por ti, Aldoncica, sin que tú por mí hagas nada. Sólo por el mucho amor que te tengo, aunque tú no lo merezcas.

SATURNA.- **(Cogiendo las manos de** DON ALONSO **al tiempo de recibir la carta y la bolsa.)** Ay, señor mío, no me diga eso, que me da mucha congoja. Déjeme besar estas benditas manos, que por socorrerme como han hecho las he de poner sobre las niñas de mis ojos.

DON ALONSO.- **(Poniendo suavemente a** SATURNA **de espaldas ante sí.)** Mejor acomodo quisiera yo para ellas, hermosa. Estate aquí quedica, no te muevas. **(Dulce.)** ¡Oh, qué deshonestidad de vestido, y cómo se nota que es de cómicas! ¡Hija querida, qué bendición de tetas! **(Introduce la mano por el escote.)** Ay, deja que me consuele un poco, y te las tome y agarre.

SATURNA.- **(Dejándole hacer.)** No puedo agora decir que no, que fuera ser desagradecida y yo no lo soy. Pero por compasión don Alonso de mi ánima, duélase de mí y déjeme partir, que estoy angustiada. Acuérdese de aquel inocente...

DON ALONSO.- **(Que sigue sobando.)** ¿Qué inocente?

SATURNA.- ¿Qué inocente ha de ser, señor, sino mi Clementico, que está en la cárcel esperando que su madre lo suelte? Si me quiere bien, déjeme ir vuesa merced, no me tiente más, que le vendrán ganas de hacer otras cosas, y yo no me puedo esperar.

DON ALONSO.- ¿Vendrán, dices? ¡Ay, Aldoncica, qué mal me conoces! Ganas las tengo tales, que me revienta el vestido. Pero no hayas miedo que te toque un pelo, que te doy palabra de respetarte como si fueses mi santa madre, que Dios haya.

SATURNA.- ¡Ay, no me apriete tanto, que me lastima!

DON ALONSO.- Y yo, ¿no estoy lastimado? Deja, quita...

SATURNA.- ¡Don Alonso, qué hace! ¡No me rompa el vestido, que no es mío!

DON ALONSO.- Quítatelo presto, que no aguanto más.

SATURNA.- **(Defendiéndose.)** Déjeme ir, por Dios. Deje vuesa merced que me vaya.

DON ALONSO.- **(Sujetándola.)** ¿Dejarte? De aquí no saldrás sin llevarte lo tuyo.

SATURNA.- **(Forcejeando.)** No ha de ser agora, señor. Para hacérmelo agora, tendrá que matarme.

DON ALONSO.- Pues aunque haya de matarte, zorra. Aunque haya de matarte, aquí has de ser mía.

(Caen los dos al suelo, donde siguen luchando cuerpo a cuerpo, procurando la una huir y el otro impedirlo.)

SATURNA.- Sosiéguese y mire dónde estamos. Advierta que puede pasar alguien.

DON ALONSO.- ¡Así pasase el Romano Pontífice!

SATURNA.- Pero, ¿qué es esto? ¿Vuesa merced piensa que me ha de hacer fuerza?

DON ALONSO.- Sí haré si tú no te dejas, desagradecida.

SATURNA.- ¡Jo, que te estriego! ¿Fuerzas a mí? Déjeme ir, no me haga perderle el respeto, don Alonso.

DON ALONSO.- Harto perdido me lo tienes. ¿Qué virtudes son estas? ¿Por ventura no has echado conmigo más de una siesta?

SATURNA.- Y más que echaré, si me deja. Suelte, que agora no es ocasión. Duélase de los presos y déjeme ir en su remedio.

DON ALONSO.- ¡Un cabrahigo, se me da a mí de los presos!

SATURNA.- **(Que sólo se defendía, se revuelve amenazadora.)** ¿Un cabrahigo? ¿Ha dicho eso?

DON ALONSO.- **(Procurando echarse sobre ella.)** ¡Que los ahorquen!

SATURNA.- **(Pegándole, llena de cólera.)** ¡Que os ahorquen a vos, saco de huesos! ¡Hipócrita, falso!

(Se golpean, arrodillados. Se agarran y ruedan por el suelo, con las piernas por alto.)

DON ALONSO.- ¡Alcahueta, hechicera! ¡Aquí te mato! ¡Aquí te hago pedazos!

SATURNA.- ¡Cabrón, hijo de puta!

(Con la libertad que a sus piernas da la falda remangada, SATURNA **ha intentado varias veces golpear con la rodilla la entrepierna del caballero. Al fin, logra alcanzarle de lleno.)**

DON ALONSO.- ¡Auuuh...! ¡Ay, Virgen Santísima!... **(Viendo que** SATURNA **se levanta para escapar.)** Juro a Dios que he de hacer que te quemen. **(**SATURNA **desaparece a toda prisa.)** ¡He de verte quemar! **(Se intenta levantar, y el dolor no le deja.)** ¡Ay, la muy bellaca, qué bien me lo ha dado! **(Aparece silenciosamente el** DUQUE DE BÉJAR**, anciano de noble porte, que se llega a** DON ALONSO **sin que éste le vea.)** Ya la cogeré, y por Dios que me lo pague.

BÉJAR.- **(Tranquilo.)** ¿Qué es esto, primo? ¿Qué hace ahí en el suelo?

DON ALONSO.- ¡Qué! ¡Ah...! No, no es nada... Un vahído...

BÉJAR.- ¿Un vahído? **(Ayudándole a incorporarse.)** Levante, no coja frío... Agora vendrá el médico y le hará una sangría.

DON ALONSO.- ¿Una sangría, dice? ¡Ay, Dios! **(Cogido por el de** BÉJAR**, van ambos despacio hacia el fondo.)** En fin, paciencia y barajar. Achaques son que manda el Cielo a quienes ya no somos mozos primo... No nos queda sino bendecir a Dios, que nos da la salud y nos la quita, aunque el golpe sea duro...

BÉJAR.- Duro y de tanto dolor, querido primo, como recibido en tales partes...

(Se pierden los dos en la penumbra. Oscuro.)

Cuadro VI

El carro, descargado y sin mulas, reposa en el patio de la posada. Sentados al calorcillo del sol, algunos farandules de ambos sexos repasan las ropas de la farsa o sacan brillo a los doradines. Entra EL AUTOR**, eufórico.**

EL AUTOR.- ¡Albricias, hijos, denme albricias, que ya tenemos corral! **(La alegría de los cómicos no es comparable a la del** AUTOR**, aunque se ve que la noticia les tranquiliza y conforta.)**

LA BERROCAL.- ¡Loado sea Dios!

EL CORENCIA.- Oigan a mis tripas, cómo cantan de contento.

EL AGUILERA.- Las de todos, que barruntaban que iban a criar telarañas.

LA LÓPEZ.- ¡Ay, Señor! ¡Otra vez la cuchara en la olla!

LA BERROCAL.- ¡Las ollas de Egipto, bien colmadas de carne y de pringue!

EL CORENCIA.- ¿Se puede avisar al posadero, que mate un par de gallinas?

EL AUTOR.- **(Dominando las voces de asentimiento.)** No, Corencia, en ninguna manera. **(Expectación.)** Mañana representaremos, y todo lo que se saque ha de ser para pago del corral. **(Decepción.)** Pero a las otras noches, ya embolsaremos nuestros buenos dineros. Ea, hijos, no pongáis esas caras, ¡alegría, alegría!

EL CORENCIA.- **(Fúnebre.)** Sí, hombre, sí. Alegría.

LA BERROCAL.- Tres días sin comer. Eso, cuando menos y si todo sale bien.

LA LÓPEZ.- ¿No nos puede fiar el posadero?

EL AUTOR.- Fía la comida de las bestias porque las tiene en prenda; pero a nosotros, ni un garbanzo. Habrá que aguantar con los relieves del viaje.

EL AGUILERA.- Pero si son cuatro mendrugos y un trozo de queso más duro que una piedra.

EL AUTOR.- ¡Cuántos lo quisieran coger! Vaya, alégrense, que en medio de todo, estamos teniendo buena suerte.

LA LÓPEZ.- A buen seguro que vuesa merced sí que comerá.

EL AUTOR.- Mira lo que hablas, criatura que estás tú muy consentida. Mi comida es cosa mía, y si también cuido de la ajena, más no se puede pedir. Sigan, sigan preparando las galas y adornos de la comedia, que mañana ha de ser noche grande. Y pongan más contento en esos rostros, que nada hay peor para el negocio que el que se vea a los cómicos con cara de pesadumbre.

EL CORENCIA.- **(Volviendo, mohíno, a su quehacer, como los otros.)** Eso, que no falte. Cara de pascuas por fuera, y por dentro bailando de hambre.

EL AUTOR.- La cara es principalísima, y hay que tenella siempre a punto.

LA BERROCAL.- La cara sí, pero la boca no.

EL AUTOR.- También las bocas han de estar aparejadas que yo prometo que en tres días habrán de comer en tal manera, que no puedan mover ni pie ni mano.

LA BERROCAL.- Dios lo haga como puede, y ya miraremos de aguantar como podamos hasta el festín.

EL CORENCIA.- ¿Festín? Aguachirle será, como siempre. Y en tanto, nos lo pasaremos en flores.

EL AUTOR.- Hayan un poco de paciencia, que no pido más, y yo miraré por todos.

LA LÓPEZ.- ¡Pues si mira por nosotros como en Ávila miró por la Lorena, medrados estamos!

EL AUTOR.- Cuida lo que hablas, pícara desvergonzada, no te enseñe yo comedimiento a puros bofetones. Harto hice, y tú lo sabes.

(Entra la SATURNA**.)**

SATURNA.- ¡Sin resuello vengo!

LA BERROCAL.- ¡Cuerpo de quien me parió! Hermana Aldonza, ¿qué has hecho de mi vestido?

SATURNA.- **(Mirándoselo.)** ¿Está deslucido?

LA BERROCAL.- **(Examinándolo cuidadosamente.)** ¿Deslucido? ¡Santa María! Astroso y desgarrado, dirás más bien. ¿Dónde te has metido? ¿No dijiste que ibas a ver a un gran caballero? ¡Ay, Dios, el mejor que tenía! Pero, ¿qué has hecho con él, puerca?

SATURNA.- Quísome forzar Don Alonso, y hube de resistir. Por eso se ha puesto así, pero se podrá arreglar...

EL AUTOR.- Claro y manifiesto está todo. Pero si pagaste su ayuda a ese señor acostándote con él, pudiste haberte desnudado, hermosa, que el vestido no era tuyo.

LA BERROCAL.- Pero, ¿dónde se acostaron, en la cama o en la calle?

EL AGUILERA.- Se acostarían en la cuadra.

EL AUTOR.- Es muy poca cortesía, hija Aldonza, volver en tal estado lo que te dejaron en buena amistad.

SATURNA.- Ay, señor, juro a Dios que no ha estado en mi mano otra cosa.

EL AUTOR.- Por sí o por no, y puesto que el vestido se ha perdido, fuera bueno ver de pagallo en alguna manera.

SATURNA.- ¿Pagallo dice? ¿Y cómo lo haría, pecadora de mí, si no tengo dineros ni cosa que lo valga?

EL AUTOR.- La ropa de galán que trujo servirá, que la Berrocal tiene su mesmo talle y la podrá sacar en alguna comedia.

SATURNA.- ¿Y habré de caminar yo a Segovia en este traje de reina de Ocaña?

LA BERROCAL.- No ha de ser así, que no llegarías ni a Torre de Lodones. Yo te daré ropa más humilde con que vayas segura.

EL AUTOR.- Arregladlo las dos a vuestro gusto y sin escándalo, que yo voy a ver cómo están las bestias. **(Sale.)**

SATURNA.- Ropa de mujer no me conviene para andar caminos. ¿No me podrías dar alguna de hombre que valiese poco?

LA BERROCAL.- ¡Y cómo si puedo! ¿Quieres vestir un hábito de paño pardo, que parezcas un frailecico lego?

SATURNA.- Sácalo acá, que no hay mejor cosa para andar por España.

LA BERROCAL.- **(Mientras se acerca al carro.)** Segura estoy que te ha de quedar como de molde.

SATURNA.- **(A los demás. Mientras** LA BERROCAL **deshace un fardo de ropa.)** ¿Habrá comedia esta noche?

EL CORENCIA.- Mañana, pero comida no la habrá en tres días.

SATURNA.- ¿Y cómo harán?

LA LÓPEZ.- Ya estamos hechos a vivir del aire.

SATURNA.- ¿No les fían en la posada?

EL AGUILERA.- A nosotros no nos fía ni la madre que nos parió.

SATURNA.- Así, no les queda otro remedio sino pedir por el amor de Dios...

EL CORENCIA.- ¡Aldoncica, qué dices! ¿Pedir limosna los cómicos? ¿Dónde iría el negocio? Hemos de poner la cara alegre, y bailar si es menester de contento, aunque tengamos las tripas con polvo de una semana.

SATURNA.- Sí, ya sé. Disimular las penas y tener buen rostro en todo caso, aunque los tundan a palos o se mueran de hambre. Yo no sirvo para eso. Necesito tener la cara libre y la lengua suelta, para llorar o reír a mis anchas según me venga la fortuna o el gusto.

LA BERROCAL.- **(Que se le acerca con un hábito de fraile en las manos.)** Mira, aquí lo tienes. No es nuevo, pero te será mejor que parezcas pobre.

SATURNA.- **(Examinándolo, animada.)** Y tan pobre como he de parecer. Del tiempo de los romanos es, sin duda.

LA BERROCAL.- Te doy lo que tengo, no te quejes.

SATURNA.- No me quejo. De perlas me viene, si me lleva a Segovia. ¿Dónde me cambio?

LA BERROCAL.- Detrás del carro habrá de ser, que no nos dan aposentos.

SATURNA.- **(Encaminándose al carro.)** ¿Y habréis de dormir al sereno?

LA BERROCAL.- ¡Qué remedio!

EL CORENCIA.- ¡Y con la barriga vacía!

SATURNA.- **(Que ya está desnudándose detrás del carro.)** Todo eso no importa nada, si lo podéis suplir con la alegría del semblante.

LA LÓPEZ.- ¿Estás de fisga, hermosa?

SATURNA.- ¿Yo? ¡Santa María!

(Entra PEDRO QUINTANAR**, que se acerca a** LA BERROCAL **y le pone familiarmente una mano sobre el hombro.)**

PEDRO.- ¡Ay, qué Madrid! ¡Cuánto puterío!

LA BERROCAL.- ¿Ha estado su merced de putas matutinas? **(**PEDRO **le dirige una mano a los pechos, y ella lo aparta de un empujón.)** ¡Quite allá, buen hombre!

PEDRO.- No se enoje, hermana, que no era con mala intención.

LA BERROCAL.- ¡Tiente a su señora madre!

SATURNA.- **(Desde detrás del carro.)** Aparéjate, Perico, que nos vamos agora.

PEDRO.- ¿Ah, pero estás ahí? ¿Y adónde hemos de ir?

SATURNA.- ¿Adónde ha de ser, sino a nuestras casas?

PEDRO.- ¿A Segovia agora? Frailes descalzos me lo habrían de pedir, y les diera una higa. **(La** SATURNA **sale de detrás del carro, vestida de fraile.)** ¡Aldonza! ¿Pero qué es esto? ¿Has estado por ventura con otro estudiante?

LA BERROCAL.- Te está que ni pintado. ¡Oh, qué frailecico tan lindo!

EL CORENCIA.- Agora nos hará un sermón que nos deje edificados.

SATURNA.- Lo que agora haré será coger el camino de mi pueblo. **(A** PEDRO QUINTANAR**.)** ¿Y tú qué dices, buena pieza? ¿Que no quieres volver?

PEDRO.- Ni por pienso. Volveré cuando esté descansado así que pasen unos días. Tú a mí no me das otra noche de andar por esos montes.

SATURNA.- ¿Y qué debo decir a tu mujer? ¿Que quedaste holgándote en la corte?

PEDRO.- Más ordeño yo de mis ánimas aquí en un día, que en Segovia en una semana. Me iré cuando llene la cajilla y saque para un vestido.

LA BERROCAL.- ¿Y vas a tener corazón para dejalla que se vaya sola?

EL CORENCIA- ¿No dijiste que la tenías bajo tu amparo y defensa, hermano Pedro?

SATURNA.- Déjenlo, no le aprieten ni obliguen que mejor voy sola que no con él.

PEDRO.- Eso, Aldoncica, ya es bellaquería.

SATURNA.- No es sino la verdad. Y con Dios queden todos, que no me puedo entretener.

LA BERROCAL.- **(Abrazándola.)** Ay, ni siquiera te hemos preguntado por tu negocio. Que como tenemos nuestras propias pesadumbres, no nos acordamos de las ajenas.

LA LÓPEZ.- Adiós, mujer, ya nos veremos si pasamos por Segovia.

EL CORENCIA.- **(Sin levantarse.)** ¡Que haya suerte, Aldoncica!

SATURNA.- Adiós, adiós quedad todos.

(Sale. La despedida ha sido fría y rápida. En general, los demás cómicos se han limitado a agitar una mano con desgana, o han permanecido sumidos en la apatía, desentendiéndose de SATURNA**.)**

PEDRO.- **(Tras corta pausa.)** Váyase la mala mujer muy mucho de noramala. Si a la noche se la comieran los lobos en el puerto, harían un gran servicio a nuestra Santa Madre la Iglesia y le ahorraran trabajo al verdugo, que es una gran hechicera y hasta hereje, deshonra de la familia.

EL CORENCIA.- Cierre esa boca el señor Pedro Quintanar, o por Dios que se la cierre yo y en tal manera, que no se le desenclavijen los dientes a tres tirones.

LA BERROCAL.- No aguantará tanto andar sin descanso. A lo menos, le hubiéramos dado un trozo de pan para el camino.

EL CORENCIA.- ¿Y nosotros, qué? ¿Tenemos mucho, por ventura?

(Entra EL AUTOR**.)**

EL AUTOR.- ¿Qué tal van esos ánimos, hijos? Y esa rabona, ¿se fue ya?

EL AGUILERA.- Ya va trotando para Segovia, en hábito de peregrino.

EL AUTOR.- **(Viendo a** PEDRO QUINTANAR**.)** ¿Y no vas tú con ella, hermano?

PEDRO.- No, señor, que yo quiero mejores compañías.

EL AUTOR.- Pues con nosotros no podrás quedarte, amigo, que ni tenemos dinero ni necesidad de criados.

PEDRO.- Ni yo lo decía por vuesas mercedes, bendito sea Dios. ¿Que había pensado?

(Entra un ALGUACIL**. Comienza a decrecer la luz.)**

EL ALGUACIL.- Dios sea loado. ¿Están aquí los cómicos que habían de representar mañana en el corral de la Herreruela?

EL AUTOR.- Sí, señor, que somos nosotros mesmos. ¿Se ofrece alguna cosa?

EL ALGUACIL.- No, sino dar noticia que por mor de unas viruelas ha pasado a mejor vida la hija de un Alcalde de Corte...

(Los cómicos, demudados, quedan en suspenso, pendientes de un hilo.)

EL AUTOR.- **(Temblando.)** Buen poso haya su ánima, que Dios la tenga en su santa gloria...

EL ALGUACIL.- Y que no habrá comedias en ocho días.

(Consternación. La espada de Damocles ha caído con todo su peso.)

EL AUTOR.- ¿Ocho días? Mire, señor, pecador de mí, que no tenemos qué comer...

EL ALGUACIL.- Ya lo saben. Ocho días.

EL AUTOR.- Considere que feneceremos de pura hambre, no podemos resistir tanto...

EL ALGUACIL.- Eso no es cuenta mía. **(Ya sólo se velan las negras siluetas. Se hace el oscuro total. Y en la oscuridad se oye aún la enérgica voz del representante de la autoridad.)** Entiéndanlo bien: ¡Prohibido hacer teatro!

Cuadro VII

A un lado del camino real hay una mezquina fuente en medio de un grupo de arbolillos héticos con las pobres ramas en cueros. El solete de las postrimerías del otoño alumbra, tristón. Ocupan el lugar dos guardias que conducen a un PRESO**. Va éste en un carro pequeño, medio echado sobre un lecho de paja, y encadenado. Aunque sucias y desaliñadas, sus ropas son de caballero; es hombre ya viejo, pero de rasgos regulares y agraciados; en las esposadas manos sostiene un rosario que reza a media voz. La bestia que tira del carro ha sido atada a uno de los árboles, y los guardias están sentados en el suelo, sacando algunos fiambres de unas alforjas.**

GUARDIA 1º.- Vamos a despachar presto, que lleguemos a Madrid cuanto antes.

GUARDIA 2º.- En dos horas estamos allí.

GUARDIA 1º.- Me van poniendo enfermo, los bisbiseos de ese cabrón todo el camino. **(El** GUARDIA 2.º **se ríe.)** ¡No te rías, voto a Dios!

GUARDIA 2º.- Cierto que ya es mucho rezo. **(Al** PRESO**.)** ¡Eh, amigo! Reza más bajo, si no quieres que te haga las muelas. ¿Me oyes?

(El PRESO **baja la voz, pero se oyen silbar las eses como saetillas invisibles.)**

GUARDIA 1º.- Dale alguna cosa que coma, a ver si en comiendo se calla.

GUARDIA 2º.- **(Al** PRESO**.)** ¿Quieres comer algo?

GUARDIA 1º.- Pero levántate y dáselo, poltronazo. No te quedes ahí sentado.

GUARDIA 2º.- ¿Y si me levanto, y luego no lo quiere? ¡Mira, un frailecillo franciscano!

(En efecto, pasa por el camino un frailecico con las manos ocultasen las mangas y la capucha bien echada hacia adelante, al ver comiendo a los guardias parece vacilar un momento, pero sigue su camino.)

GUARDIA 2º.- **(Al** FRAILE**.)** ¡Adiós, hermano! ¡No pase sin decir nada!

GUARDIA 1º.- **(A media voz.)** ¡Cállate, Recuero!

SATURNA.- **(Con voz hueca.)** Queden con Dios, hermanos. Llevo prisa.

GUARDIA 2º.- Lléguese aquí, que no será tanta que no pueda decirnos adónde camina.

SATURNA.- **(Acercándose despacio.)** Llevo el Santísimo a un hombre en trance de muerte. **(Corta pausa.)** A lo menos, quítense el sombrero y pónganse de rodillas, ¿no? **(Los guardias se miran, inhibidos.)** ¿O es que son herejes los señores guardias de su majestad católica? **(Los guardias se destocan y ponen de hinojos apresuradamente.)** Así está mejor, que Dios les bendiga. Ya se pueden levantar. **(Ellos obedecen tímidamente sin ponerse el sombrero.)** Por salir con presteza no he comido nada. ¿No me podrían dar un pedazo de pan?

GUARDIA 1º.- **(Señalando la comida.)** No tenemos sino esta pobreza, hermano. Sírvase della en lo que quisiere.

GUARDIA 2º.- **(Mientras** SATURNA **se dirige a los fiambres.)** Pero deje algo para nosotros, que también somos hijos de Dios. No se lo vaya a llevar todo.

SATURNA.- **(Desgarrando con las manos un trozo de pan y guardándolo por la abertura lateral del hábito.)** Dios Nuestro Señor se lo pague y la Virgen Santísima. Queden adiós, que me espera un moribundo.

GUARDIA 2º.- **(Señalando al** PRESO**.)** Pues mire, hermano, aquí tiene otro. Haciendo está este viaje por acudir a una cita que tiene con el verdugo de Sevilla que en llegando lo ha de degollar, pues es hidalgo y bien nacido.

SATURNA.- Dios haya piedad de su alma. No tiene talle de forajido.

GUARDIA 2º.- Es un desdichadote y para mí que mentecato. Se llama don Juan, sevillano muy conocido en su tierra y harto amigo de las faldas cuando era joven, que dicen que siempre andaba tras ellas. Con los años se le fueron los amores y le entró la piedad, pero tan fuerte le dio que se aficionó más de la cuenta con una monja calatrava más vieja que él, y se remató por ella en manera que la vino a engatusar y sacola del convento. Se les buscó hacia Portugal, pero el ladino viejo que sin duda lo prevía, tomó la de Francia con tan buen paso que de cierto pasaran la raya de no ser por unas fiebres que en Cuéllar le dieron al hombre. Allí se hubieron de detener y fueron alcanzados y prendidos. Dos meses ha tardado en curar y en tanto ella ha sido devuelta a su convento, donde dicen que ya ha muerto emparedada. A él le llevamos agora y como el hecho es notorio y la causa está sentenciada en rebeldía, no hará sino llegar y subir al cadalso para morir degollado.

SATURNA.- **(Al** PRESO**.)** Tenga paciencia, señor, y acuérdese de Jesucristo, que más padeció él por nuestros pecados.

EL PRESO.- No me da miedo de la muerte hermano, sino antes bien la deseo y con tales ansias, que muchas veces he pensado ver mi propio entierro. Aunque asimesmo me da una muy grande angustia, y lo achaco a que no debo tener el alma bien preparada.

SATURNA.- Pues prepárela que hallará gran consuelo. También yo rezaré por vuesa merced.

GUARDIA 2º.- Harto reza él, que no para, y ya nos tiene cansados.

SATURNA.- Eso es muy bueno y de mucho provecho. Rece, señor rece mucho y acuérdese del cielo. Miren si quiere alguna cosa, que yo me parto.

EL PRESO.- **(Poniéndose de rodillas.)** Deme su bendición, hermano fraile, que ha sido para mí este encuentro de felicísimo agüero.

SATURNA.- **(Le bendice.)** «*In nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sancti*». **(Le ofrece los cordones del hábito por entre los palos de una de las barandas del carro.)** Amén.

EL PRESO.- Dios se lo pague. **(Coge los cordones, y se queda mirando intensamente a** SATURNA**.)**

SATURNA.- **(Algo intimidada.)** ¿Qué quiere, señor?

EL PRESO.- **(Con ansiedad, sin dejar de mirarla.)** Lléguese más cerca vuestra paternidad... Lléguese a mí...

SATURNA.- **(Con voz trémula.)** Sí, sí, señor... **(Se aproxima cuanto puede a la baranda.)**

GUARDIA 1º.- **(Con cierta timidez.)** Apártese, hermano. Mire que nadie sino nosotros se puede llegar al preso.

(SATURNA **y** EL PRESO**, sin oírle, se miran a través de la baranda como a través de una reja. Los guardias se van acercando.)**

EL PRESO.- Vuestra reverencia no es un fraile como los otros... Toda la sangre me lo está diciendo que no es igual... Vuestra reverencia es distinto, no es un fraile ordinario... Deje que le vea el rostro...

SATURNA.- **(En voz baja.)** No puedo, señor, no me pida eso...

GUARDIA 1º.- ¿Y por qué no puedes, hermano?

SATURNA.- **(Se aparta, rápida, del carro.)** Tengo priesa, señores.

GUARDIA 1º.- Ha dicho que no podía mostrar el rostro, ¿por qué?

GUARDIA 2º.- No tendrá la capucha pegada con pez, ¿no es cierto?

EL PRESO.- **(A los guardias, muy desasosegado.)** ¡Arrodillaos y rezad! ¡No lo toquéis!

GUARDIA 2º.- **(Al** PRESO**.)** ¡Calla, loco!

SATURNA.- Déjenme ir, no pregunten.

GUARDIA 1º.- ¿Por qué no? Vamos, padre, diga por qué no muestra el rostro. ¿O es que teme ser reconocido?

SATURNA.- Nada temo.

GUARDIA 2º.- Pues yo diría que está temblando.

SATURNA.- Vuesas mercedes consideren con quien hablan, y si los pudiera parar algún perjuicio deste desacato.

GUARDIA 1º.- **(Mientras el** 2.º **se intimida.)** Considerando estamos con quién hablamos, padre, y por eso preguntamos. Son muchos los forajidos que se encubren con ropas eclesiásticas para mejor cometer sus fechorías y maldades.

SATURNA.- Vuesa merced me ha llamado forajido, y dello habrá de dar cuenta.

GUARDIA 1º.- Eso no es cierto, y agora tendrá que descubrirse, decir su nombre y convento, y contestar a cuanto yo le pregunte.

SATURNA.- Yo, señor, mío, no haré nada deso.

GUARDIA 1º.- Entonces habrá de venir con nosotros, y mejor lo haga de buen grado.

SATURNA.- ¿A un eclesiástico van a prender vuesas mercedes, por sí y ante sí?

GUARDIA 1º.- Su conducta nos hace pensar que no lo sea. **(Al** GUARDIA 2º**.)** Ponle los cordeles, Recuero.

GUARDIA 2º.- **(Se acerca de mala gana a** SATURNA**, sacándose unos cordeles del cinto.)** De lo que saliere, vuesa merced será el único culpado, no nosotros.

SATURNA.- **(Al** GUARDIA 2º**.)** Bien pudiera ir donde fuere que sin culpa me hallo, pero me espera un moribundo. Aquí llevo veinte ducados para una diligencia **(Le ofrece la bolsa que le dio** DON ALONSO CORONEL.), vuesas mercedes se sirvan con ellos, que los estimo en menos que la salvación de un alma.

(El GUARDIA 2.º **coge la bolsa y se pone a abrirla, mientras** SATURNA **se remanga el hábito y sale corriendo.)**

GUARDIA 1º.- **(Acercándosele.)** ¿Veinte ducados? Daca esa bolsa y corre, que no escape.

GUARDIA 2º.- **(Que ha abierto la bolsa.)** ¡Es verdad, que son ducados!

GUARDIA 1º.- ¡Qué lindo lance!

GUARDIA 2º.- **(Que los está contando.)** ¿Todavía porfiarás que no era un fraile legítimo?

GUARDIA 1º.- ¿Fraile legítimo, dices? ¡Un santo, Recuero! ¡Un santo del Cielo!

GUARDIA 2º.- Razón tienes, que nos ha dado esta bendición.

GUARDIA 1º.- Si damos parte, esos dineros son de la justicia.

GUARDIA 2º.- ¡Una higa! Estos dineros nos los ha dado a nosotros.

GUARDIA 1º.- Pues cuida de no irte de la lengua, y aquí no ha pasado nada. Tocamos a diez ducados. Vengan los míos y a recoger que nos vamos.

GUARDIA 2º.- **(Recogiendo los fiambres.)** ¿Quién sería el bendito fraile? ¿Algún caballero mozo disfrazado?

GUARDIA 1º.- ¿De qué fraile hablas, mentecato? ¿Has visto tú algún fraile?

EL PRESO.- **(Que se había reintegrado al rezo con gran devoción, lo interrumpe para zanjar la cuestión.)** No había tal fraile, sino aparición milagrosa. Yo tengo para mí que era un ángel del Cielo y aun, aun, la mesma Virgen de la Macarena.

(Oscuro.)

Cuadro VIII

Luz grisácea sobre un paisaje quebrado y triste. Detrás del camino, el terreno se eleva y oculta el último termino. Si oyen las esquilas y balidos de un rebaño que se aproxima, y los gritos y silbidos de los pastores. Un LABRADOR **entra por la parte de delante, cruza corriendo el camino, y asciende al promontorio donde se detiene, mirando al otro lado.**

LABRADOR.- ¡Eh! ¡Eh, vosotros! ¿Dónde vais por ahí? ¿es que no veis que os habéis salido de la cañada?

VOZ DEL PASTOR 1º.- Es tarde, y queremos excusar la revuelta del camino. LABRADOR.- Pues ya os podéis volver a tomar vuestra vereda, que por ahí no podéis pasar.

VOZ DEL PASTOR 2º.- ¿Y por qué no hemos de poder?

LABRADOR.- ¿Es que estás ciego, que no ves lo que tienes delante? Ese campo es mío y me lo vais a destrozar.

VOZ DEL PASTOR 1º.- Pues ya no podemos volver, que se nos hará de noche, y perderemos más de una oveja.

LABRADOR.- Haber salido antes. No tengo yo por qué pagar con lo mío.

VOZ DEL PASTOR 2º.- ¡Miren el hidalgo! ¿Es la tierra suya, acaso?

LABRADOR.- ¡La tierra no, pero los nabos sí! Volved, no metáis ahí el ganado, que me arruina! ¡Dad vuelta!

VOZ DEL PASTOR 2º.- No pase pena por sus nabos, hermanos, que no hay para qué. Del señor duque del Infantado es este rebaño; diríjase a él, que le resarcirá muy cumplidamente: que tiene tantos nabos, y tales y tan gordos, que no hay más que ver.

LABRADOR.- ¿Ah, también chanzas? ¡Ven aquí, bellaconazo!

VOZ DEL PASTOR 1º.- Arrea y pasemos presto.

LABRADOR.- ¿Qué hacéis? **(Descompuesto.)** ¡No! ¡Fuera de ahí! ¡Sacad esas ovejas de mis nabos, cabrones! **(Se agacha, cogiendo piedras.)** ¡Que son mi comida para todo el invierno! **(Lanza una piedra con la mano.)** ¡Que nos matáis de hambre a mí y a los míos, grandísimos bellacos! **(Lanza otra piedra.)** ¡Madre mía, todo el ganado dentro! ¡Hijos de puta! **(Recoge más piedras para tirar.)** ¡Os salto los sesos, me cago en la madre que os parió! ¡A alguno me he de llevar por delante! **(Arroja otra piedra.)** ¡Ay, por qué poco! ¡Espera, ladrón!

(Al disponerse a lanzar otra. Recibe una terrible pedrada sobre el pecho que le deja paralizado y sin respiración. En seguida, otra piedra golpea violentamente su frente, con un crujido de nuez cascada. Una cortina de sangre, desciende sobre su rostro, y se desploma.)

VOZ DEL PASTOR 1º.- Mal golpe lleva.

VOZ DEL PASTOR 2º.- El buscó la pendencia.

VOZ DEL PASTOR 1º.- Vámonos presto, Antón.

VOZ DEL PASTOR 2º.- Sigue, que ya te alcanzo. Voy a ver cómo queda..

VOZ DEL PASTOR 1º.- **(Tras corta pausa.)** Cuida que no te vea nadie, que por ahí va el camino

(Aparece trepando desde el otro lado del promontorio el PASTOR 2.º **es un zagalón con su buen palo, que aún conserva la honda en la mano.)**

PASTOR 2º.- **(Al** LABRADOR**.)** Pues, ¿cómo va, buen hombre? ¿eh?

LABRADOR.- **(Rebullendo un poco.)** ¡Ay! ¿Eres tú, hijo de puta?

PASTOR 2º.- **(Amenazador, enarbolando el garrote.)** ¡Quedica la lengua!

LABRADOR.- ¡Hijo de la grandísima...!

PASTOR 2º.- **(Descargándole el palo a cruzalomo.)** ¡Quedica, he dicho!

LABRADOR.- ¡Ay!

PASTOR 2º.- ¿Se ofrece alguna cosa?

LABRADOR.- ¡Ay, ay!... ¡La puta que te parió!

PASTOR 2º.- **(Enarbola otra vez el palo.)** Repítelo.

LABRADOR.- ¿Que... lo repita? La puta que... **(Recibe el garrotazo.)** ¡Ay!

PASTOR 2º.- A ti te enseño yo.

(El PASTOR 1.º **sale tras la altura. Es de edad madura.)**

PASTOR 1º.- ¿Es que lo quieres rematar?

PASTOR 2º.- Tiene la cabeza bien dura.

PASTOR 1º.- Mejor así. Vámonos.

LABRADOR.- No me dejen aquí, por la Virgen. Ayúdenme.

PASTOR 2º.- ¿Qué hacemos?

PASTOR 1º.- ¿Qué hemos de hacer, sino seguir camino con la presteza que podamos? **(Coge a su compañero de la muñeca y tira de él.)** Vamos, no nos vea alguien.

PASTOR 2º.- **(Dejándose llevar.)** ¿Y si se muere?

PASTOR 1º.- Si se muere, cuánto más apartados estemos, mejor.

(Los pastores descienden tras el promontorio. El LABRADOR **prueba a incorporarse, pero apenas puede mover los brazos.)**

LABRADOR.- No se vayan, hermanos. No se vayan. Dios, que no me puedo levantar. Y la sangre se me va toda. No me dejen solo, que voy a perecer. **(Se intenta levantar.)** ¡Ay! **(Agotado. Se deja caer y se amodorra. Con lamentos cada vez más tenues.)**

(La luz se debilita. Concentrándose a un lado. Los accidentes del terreno proyectan ahora largas sombras. Por el camino vienen dos viandantes. Uno es un valentísimo soldado de ademán fiero, plumas en el sombrero y cintas y colorines en la ropa. Trae una gran tizona y una amplia capa con cuyo vuelo se ayuda para más destacar sus braceos y posturas. Se llama DON LOPE DE GUEVARA Y CARRIZOSA**. Y cuenta su vida al frailecico que le acompaña, pequeño y delgado, con la capucha tan puesta y calada que a buen seguro no puede ver sino sus propios pies.)**

DON LOPE.- ¡Oh, hermano fraile, y cómo se echa de ver que no es soldado vuesa merced! ¡Cuán poco se le alcanza a achaques de milicia, voto a Cristo! ¿,Pues qué pensaba? ¿que en la guerra no se había de acuchillar, cortar, hendir y rajar? **(Se detiene, quitándose el sombrero.)** Vea, vea las cuchilladas que tengo en el rostro, cómo lo cruzan y desfiguran.

SATURNA.- ¡Válame el Señor!

DON LOPE.- No es nada esto. Habría de verme el cuerpo, que tan cosido está de cicatrices que no me hallaría un palmo que no estuviese señalado. Todas en servicio de Dios y del rey, luchando como un león contra turcos y herejes. Más he hecho yo con ésta **(Medio saca la espada.)** por la Iglesia, que no su merced con su rosario, voto a Dios.

SATURNA.- Harto poco he hecho yo, por mis pecados.

DON LOPE.- Pues yo he hecho mucho, mas no lo digo por no alabarme a mí mesmo. No tiene vuesa merced sino ir a Flandes y mentar a Don Lope de Guevara y Carrizosa, y verá si cualquiera le puede dar razón.

SATURNA.- Ya, ya se le nota que es hombre de brazo fuerte.

DON LOPE.- ¡Fuerte y más que fuerte, voto a Cristo! Mire cómo será que, una vez que fue mi compañía a un caserío a pillar provisiones de boca, los labradores hicieron resistencia por ser todos herejes, y una campesina se puso a la puerta de su establo por defender su vaca. ¡Grandona, ella!... Me sacaba la cabeza y más, que parece que agora la estoy viendo: joven y fornida, rubia como lo son todas o las más de aquellas tierras, y mirándome que parecía que me quisiese comer. Con la pica por delante me fui para ella corriendo, y tal golpe le di por debajo de las tetas, que la traspasé toda clavándola en la puerta, y el palo de la pica quebróseme de suerte que me quedé con él en las manos, en tanto que la moza muerta estaba cosida a la puerta por el hierro, derecha como un huso. Si en vez de mujer hubiese sido un hombre con coraza, voto a Dios que aquel golpe lo rompiera y lo matara lo mesmo. Por ahí puede ver el hermano fraile si hay fuerza en estos brazos. ¡Oh, cómo se rompió el palo, pese al diablo!

SATURNA.- No me cuente esas cosas, señor soldado, que me da una gran lástima. ¿No se dolió de matar así a esa pobre doncella?

DON LOPE.- ¿Qué dice? Pero, ¿qué dice, por vida del rey? ¿Lástima de una hereje? Ni tampoco era doncella que cuando hubimos pillado aquello y le pusimos fuego para irnos, de un montón de heno que había al lado salió medio chamuscado un muchacho de seis a siete años que sin duda era su hijo. Se quedó sin habla al verla clavada en la puerta que empezaba a arder, y antes que le cogiésemos para castigalle, echó a correr como un gamo que no lo alcanzara el diablo. Lo hubieron de tumbar los arcabuceros, y cayó con las dos piernas por alto, lo mesmo que una liebre. **(Sin advertir las arcadas de** SATURNA**.)** ¡Oh, y cuánto pudiera contar yo a vuesa merced de esos herejes de Flandes! ¡Gentes todas malévolas y perversas, que no nos quieren bien a los españoles ni tienen temor de Dios!

(Han llegado a la altura del LABRADOR**, que sigue caído unos pasos hacia el fondo, y no ha dejado de emitir débiles quejidos.)**

SATURNA.- **(Deteniéndose y poniendo oído. En voz baja.)** ¡Chist! ¡Calle, señor! ¿No oye algo?

DON LOPE.- **(Asustado.)** ¡Qué! ¡Qué!

SATURNA.- No se alborote y ponga oído. Es como una queja muy quedica.

DON LOPE.- **(Desenvaina.)** ¡Voto a Dios! ¿Quién se queja? ¡Salga, quien fuere!

SATURNA.- Mire, véalo. Allí está un hombre tendido.

DON LOPE.- Ya, ya lo veo. Buen sitio para una emboscada, así me lleve el diablo.

SATURNA.- ¿Emboscada?

DON LOPE.- ¿Pues no? Ese se tiende y hace que se queja, y al llegarnos a él salen los otros, que estarán ocultos tras esa quebrada, a dejarnos en cueros como cuando nacimos, y menos mal si no nos matan.

SATURNA.- Si eso es así, Dios haya piedad de esos forajidos, que no saben los desdichados con quién toparon agora. Vaya, señor don Lope, vaya vuesa merced por ellos, que ya los veo a todos acuchillados, ensartados y muertos.

DON LOPE.- ¿No sabe, hermano fraile, que nunca se ha de atacar a enemigo alguno sin conocer las fuerzas y recursos con que cuenta? Entienda y aconseje en rezos y latines y no se meta en cuestiones de guerras que no es ese su oficio.

SATURNA.- Mi oficio es ejercer la caridad, y por eso voy a ver de socorrer a ese hombre. Si quiere acompañarme, hágalo; y si no, quédese aquí.

DON LOPE.- ¿Quedarme, aquí yo? Vámos allá, voto a Cristo. Pero vamos despacio y preparados por si hubiéramos de ceder algún terreno.

(Se van acercando al LABRADOR**, muy juntos y con grandes precauciones.)**

SATURNA.- Cuando lleguemos mire vuesa merced al otro lado...

DON LOPE.- ¡Sssst! ...

(Llegan junto al caído, y lo miran con prevención.)

SATURNA.- Este hombre tiene rota la cabeza.

DON LOPE.- **(Mientras** SATURNA **se inclina sobre el** LABRADOR**.)** No se fíe. **(Se asoma con infinito cuidado al otro lado del promontorio.)** Pues no hay nadie pese al diablo.

SATURNA.- **(Al** LABRADOR**.)** ¿Qué es eso, buen hombre? ¿Puede hablar?

DON LOPE.- Vámonos, hermano, que esto no me gusta nada.

LABRADOR.- **(Como despertando.)** ¡Aaaah...! ¡Ay, madre mía! ¡Ay! ¡Oh, cómo me duele todo agora! ¡Más que antes! ¡Ay!

SATURNA.- ¿Qué le ha pasado?

LABRADOR.- ¡Qué! ¿Quién es su merced?... No veo nada...

SATURNA.- Pues tiene los ojos bien abiertos.

DON LOPE.- El golpe de la frente lo ha dejado ciego. He visto pedradas así. Vamos de aquí, hermano fraile. Déjelo.

SATURNA.- ¿Dejar así a este desdichado? No seré yo quien tal haga.

DON LOPE.- Su merced es hombre de Iglesia, pero yo no. Me voy, que no quiero cuestiones con la justicia. **(El** LABRADOR **se sigue quejando. Mientras** SATURNA **se queda pensativa.)** Si quiere hacerme merced, diga que iba solo, no cuente nada de mí. Adiós.

SATURNA.- Espere señor. **(Dubitativa.)** Espere. **(Se empieza a incorporar. Despacio.)** Me voy con vuesa merced.

LABRADOR.- ¡No me dejen! ¡Ay, no me dejen, hermanos, aquí solo! ¡No me dejen, que perezco! Mi casa está a media legua, llévenme allí, por Dios.

SATURNA.- Vámonos presto.

(Ambos se apartan del LABRADOR **con prisa. Volviendo al camino.)**

LABRADOR.- No hagan esto conmigo, tengan caridad. **(Solloza.)** No me dejen morir como un perro, que tengo dos hijos.

SATURNA.- **(Deteniéndose.)** Se hace de noche, y morirá helado.

DON LOPE.- Morirá en todo caso, y no sacaremos sino vernos envueltos con la justicia.

SATURNA.- **(Reemprende la marcha, tirando de** DON LOPE**.)** Vamos, vámonos.

LABRADOR.- **(Que no ha dejado de llorar y quejarse.)** ¡Ay, que no me puedo mover! ¡No me dejen, que me comerán los lobos! ¡Hermanos! ¿Están ahí? ¿Están ahí todavía? ¡Hermanos! ¡Ay, madre mía, que se han ido! ¡Ay, madre!... ¡Hijos de puta!... ¡Ay, ay...!

(Sigue llorando y lamentándose en tanto se extingue la luz, SATURNA **y** DON LOPE **han salido. Los lamentos del** LABRADOR **persisten durante, todo el oscuro.)**

Cuadro IX

Está la noche oscura como boca de lobo. DON LOPE**, sentado en el suelo, arrima las manos a una lumbrecilla que ha encendido por mitigar el rigor del frío.** SATURNA **también acerca las suyas, pero sin sentarse, a veces pasea, nerviosa. Se siguen oyendo los lamentos, tenues y lastimeros.**

DON LOPE.- Vuesa merced tendría que ver la artillería. Eso sí que es el infierno, voto a Cristo. Pero venga y siéntese, hermano, no me dé la espalda.

SATURNA.- No puedo sentarme, que luego no habrá quién me levante. Tengo los pies en carne viva.

DON LOPE.- ¡Oh, y qué delicadeza de fraile! Póngase aquí a mi lado sin temor, que no habrá lugar a que se le enfríen. En cuanto ardan estos cuatro tomillos seguimos la caminata. Hágame caso, que yo entiendo lo mío de marchas y contramarchas, vive Dios, que en ellas eché los dientes.

SATURNA.- No me pida que me siente, que ni pensallo puedo. Mejor levántese vuesa merced y vámonos cuanto antes.

DON LOPE.- ¡El diablo le lleve, hermano, con su priesa! ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene? Haya paciencia, que ya llegará donde haya de llegar.

SATURNA.- Vámonos a lo menos de aquí, ya pararemos cuando bajemos el puerto.

DON LOPE.- Es mejor agora, que tenemos la bajada por delante. Sosiéguese. Pero, ¿qué le pasa, que no puede estar quieto?

SATURNA.- Me pasa, que sigo oyendo las voces del desdichado de esta tarde. Eso me pasa.

DON LOPE.- ¡Por los huesos de mi padre! ¿Después de ocho leguas que muy bien habremos andado desde entonces aún oye las voces? A lo menos dos horas han pasado ya de la media noche. Y puede que tres.

SATURNA.- Ya, ya sé que no puedo oíllas, pero las oigo. Vienen de todas partes, de atrás y de delante, de un lado y del otro. Es como si llorase el camino, los árboles y las piedras, como si llorase el cielo y la tierra toda.

DON LOPE.- Mucho lloro me parece ese.

SATURNA.- ¿Mucho? Vuesa merced no llora, ni yo tampoco.

DON LOPE.- Ni nadie, hermano, nadie, ni los árboles ni la tierra. ¿Quién va a llorar? Lo que tiene es debilidad y mucho cansancio, y de ahí le vienen los fantasmas y el oír lo que no hay. ¿Cuántos años tiene?

SATURNA.- ¿Por qué me lo pregunta?

DON LOPE.- ¡Oh, voto a Dios! A mí no me engaña, hermano... Bien se echa de ver que es un muchacho...

SATURNA.- No soy tan muchacho como piensa.

DON LOPE.- ¿No? Veámoslo, dígame sus años.

SATURNA.- Es que no los sé... Pienso que habré de tener veinte... O algunos más.

DON LOPE.- ¿Veinte? Pongamos quince, y me parecen muchos.

SATURNA.- No lo sé, no lo creo... No puede ser de ninguna manera...

DON LOPE.- Ya lo creo que puede ser... Por más que oculte el rostro con la capucha, le he visto la cara de muchacho, que aún no le apunta el bozo...

(Los acentos se van haciendo cada vez más bajos.)

SATURNA.- No se burle de mí, señor. Es cierto que soy joven y aún no he hecho los votos, pero los haré, Dios queriendo. Agora sirvo en el convento por la comida.

DON LOPE.- ¿En qué convento?

SATURNA.- En uno de Segovia. ¿Ha estado allí vuesa merced?

DON LOPE.- Ven aquí, hijo, siéntate a mi lado.

SATURNA.- Mejor vámonos, señor, que queda mucho camino.

DON LOPE.- ¿Sigues oyendo los lloros? Ven, siéntate, que yo miraré por ti como un padre.

SATURNA.- Dios se lo premiará. Me sentaré por no ser ingrato, pero muy poco, que ha de ser con condición de que nos hemos de ir al cabo de un credo.

DON LOPE.- **(Echándose hacia atrás.)** Así ha de ser. Ven, siéntate aquí, entre mis piernas.

SATURNA.- Entre sus piernas no, señor, sino a su lado.

DON LOPE.- Eso quise decir.

SATURNA.- **(Sentándose junto a** DON LOPE**.)** También la pasada noche crucé la sierra, pero no había este frío ni tal tristeza.

DON LOPE.- **(Abrazando los hombros de** SATURNA**.)** Arrímate, hijo, arrímate a mí, que se te quite el frío.

SATURNA.- **(Resistiendo débilmente.)** No se me quitará, señor, que lo tengo por dentro. Déjeme.

DON LOPE.- Por Dios, que parte el corazón, un muchacho tan tierno andar en tan duros trabajos.

SATURNA.- No me queda sino sufrillos, que nací pobre y he de ganar mi sustento.

DON LOPE.- Pudiéraslo ganar con más comodidad y gusto, voto a Cristo. No mucho mayor sería yo cuando asenté mi plaza, y aquí me tienes agora. ¿O es que no te parece bien de ser soldado?

SATURNA.- A decir verdad, no me llama a mí Dios por el camino de la guerra, que requiere más valor del que yo tengo.

DON LOPE.- ¡Qué importa eso! A todo se hace el hombre y tú te harás muy presto, que harto se nota que eres mozo despejado. En ahorcando ese hábito pudieras asentarte de criado conmigo, y viviríamos juntos como dos arciprestes. Y luego, la vida del soldado, bulliciosa y alegre que no hay más que pedir.

SATURNA.- Y peligrosa.

DON LOPE.- ¿Estando a mi lado habrías de temer peligros? Mal me conoces, hijo, si no fías de mí, que yo te defendiera con mi espada y con mi vida.

SATURNA.- Sí fío, señor don Lope.

DON LOPE.- **(Abrazándole los hombros.)** ¡Oh, y cómo le quiero bien! Ya puedes fiar, que en mí has encontrado un padre verdadero, y tal que no le hallaras mejor si lo escogieras como entre peras.

SATURNA.- Dios le bendiga.

DON LOPE.- Qué hombros tan delicados tienes, picarito. Deja, quítate esa capucha, que te vea bien el rostro.

SATURNA.- **(Sujetándosela.)** ¡Ay, no, señor, que si de improviso desabrigo las orejas, me saldrán sabañones!

DON LOPE.- ¡Miren qué cuidadoso es el galán! Deja, sólo un poquito la cara, así. ¡Oh, qué lindo, si pareces una niña! **(La besa.)** ¡Hijo del alma! **(La alarma y resistencia de** SATURNA **van aumentando a medida que crece la audacia del buen** DON LOPE DE GUEVARA Y CARRIZOSA**.)**

SATURNA.- Deje, señor, vámonos.

DON LOPE.- No ha de ser así, que te quiero yo mucho. **(Pendiente de su capucha, no puede** SATURNA **evitar que una mano de** DON LOPE **se introduzca bajo las faldas del hábito.)** Deja que te cate un poquito, por conocerte mejor. ¡Oh, qué amor de piernas tiene mi frailecico! ¡Qué tiernas y qué suaves! Pero no patalees ni te revuelvas tanto, bellaco, que no me dejas hacer nada.

SATURNA.- **(Defendiéndose como puede de la voracidad de** DON LOPE**.)** Mire, señor, lo que hace, que no parece bien llegar a estos extremos.

DON LOPE.- Estáte quedo, voto a Dios, que me vas a enojar.

SATURNA.- No me deshonre vuesa merced, por la Virgen Santísima se lo pido.

DON LOPE.- ¿Y quién te deshonra, pícaro? No pretendo sino quererte y regalarte como a un hijo, que por tal te tengo. ¿Vas a ser tan ingrato que...? **(Sujetando a** SATURNA **con una mano y con la otra bajo sus hábitos, se detiene, estupefacto.)** ¿qué es esto? **(La rechaza con asco.)** ¡Jesús, Jesús! ¡Una puta! ¡Quite allá!

SATURNA.- **(Muy ofendida.)** ¡La puta lo será tu madre, don Maricón!

DON LOPE.- A mi madre no la mientes tú con esa boca, porque te saco las tripas, ¿oyes?

SATURNA.- **(Levantándose.)** Bien está. Si al señor se le han pasado ya los amores podremos irnos, ¿no?

DON LOPE.- ¿Ir tú conmigo, ramera? Ya puedes trotar por ese camino y no te detengas, que como te pongas bajo mi vista, juro a Dios he de abrirte en canal del ombligo a la garganta. **(Se sienta.)** ¡Voto a Cristo, con la muy zurrada! Agora entiendo por qué no quería cuentas con la justicia. Anda y vete sola, zorra, que no está don Lope de Guevara para compañía y amparo de putas camineras.

SATURNA.- ¿Amparo, dice? ¡Miren, el amparador! Más le valiera empuñar la azada y ganar el pan que se come, que no andar fanfarroneando y diciendo que ampara a quien no se lo pide ni lo ha menester.

DON LOPE.- Cierra la boca, bellaca, no te la haga yo cerrar a cintarazos. ¡Vaya un fraile, voto a Dios! ¡Qué cosas hay que encontrar en los caminos de España! ¡Putas que parecen frailes, o frailes que resultan putas!

SATURNA.- **(Irónica.)** Todo aquí parece una cosa y resulta ser otra, esta es tierra de encantamiento y de ilusión.

DON LOPE.- El encantamiento será el tuyo, bruja, que sin duda lo eres.

SATURNA.- Lo es de todos, que todos han de fingir una cara distinta de la suya, porque nadie puede manifestarse como es y quiere ser.

DON LOPE.- Anda, puerca, vete ya. ¿No tenías tanta priesa?

SATURNA.- Sí, ya me voy. Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor don fanfarrón, y encuentre presto un hijo apacible con quien supla mis faltas.

DON LOPE.- **(Mientras** SATURNA **camina cojeando y se pierde en la oscuridad.)** Que el diablo te lleve, sacrílega puta, hechicera. **(**SATURNA **se ha perdido de vista. Alza la voz, para ser oído.)** ¡Ya te agarrará la Inquisición, y saldrá todo en la colada! **(Grita.)** ¿Me oyes? ¿Eh? ¡Se derretirá tu grasa encima de la hoguera! ¡Has de echar más chispas que un cohete! **(Esparce las brasas de una patada.)** ¡Puta zurrada!

(Oscuro.)

Cuadro X

El paisaje de peñascos contrahechos o disformes pedruscos, por el que discurre el camino, está en tinieblas. La luna menguante y escuálida, más bien que alumbrar, aumenta las sombras, desdibuja los perfiles y fantasea los bultos. Haciendo del panorama un delirio surrealista embadurnado de tinta. SATURNA **baja la cuesta medio sonámbula, trompicando y vacilante. Se oye el zumbido de un zurriago que corta el aire, el chasquido del azote, y un fuerte alarido.** SATURNA **se detiene con sobresalto.**

SATURNA.- Válame Dios, ¿qué ha sido eso? ¿a quién azotan? **(Silencio.)** ¡Eh! ¿Quién va allí? **(Silencio. Medrosa.)** No ha podido ser sino alguna figuración mía que ando descaescida y se me desvanece la cabeza. ¡Ay, Virgen, que ya no puedo más! **(Corta pausa.)** Aldonza, ¿qué es eso? ¿Vas a desmayar agora? No pueden quedar más de seis o siete horas, y pondré a mi niño en la calle. **(Camina de nuevo, reanimada.)** Vamos allá, Clementico. **(Se oye de nuevo el azote y el alarido.** SATURNA **se para y grita, francamente asustada.)** Pero, ¿quién es? ¿quién es?

VOZ DEL REY.- **(Suena en las tinieblas, tranquila y severa.)** No des voces, zorra. Sé comedida.

(Poco a poco, SATURNA **ve que ante ella, sobre un montón de pedruscos, está** EL REY **sentado en su trono. Es un viejecillo flaco, todo vestido de negro. Con ambas manos sostiene el cetro horizontal apoyado sobre sus rodillas.)**

SATURNA.- **(Desde cierta distancia, disimulando el miedo.)** Señor, ¿qué hace aquí a estas horas, con este frío?

EL REY.- Mirando tus pasos, correntona, por ver si te tuerces.

SATURNA.- **(Con más miedo cada vez.)** No, no señor... Yo no me tuerzo...

EL REY.- Harto torcida estás, bellaca.

SATURNA.- **(Temblando.)** ¿Torcida, yo? Mire lo que dice...

EL REY.- Bien mirado lo tengo, buena pieza, que no te quito el ojo de encima. Sábete que no hay suceso de tu vida, por insignificante y mínimo que sea, de que yo no tenga cumplida noticia y detalle fidedigno. Donde quiera que vayas y allí donde te escondas, mi mirada te sigue y te cala hasta los huesos.

(Se oyen otra vez azote y alarido. EL REY **permanece imperturbable.)**

SATURNA.- **(Sobresaltada.)** Señor, ¿qué es eso, que ya antes lo oí? ¿Son, por ventura, criados de vuela merced, que castigan a alguno?

EL REY.- No vas del todo descaminada, pero no cures dello. Los ruidos de ese jaez son mi ordinaria compañía, como que soy el Rey.

SATURNA.- **(Retrocede unos pasos, aterrada.)** ¡Santa María! **(Se santigua.)** Ya me lo parecía a mí... ¡El Diablo mesuro, que me sale al camino!

EL REY.- ¿Que andas diciendo ahí de diablo? ¡Te digo que soy el Rey!

SATURNA.- ¡El rey de los Infiernos!

EL REY.- ¡El rey tuyo, grandísima puta! **(Corta pausa.)** No me crees, ¿verdad? Ven aquí...

SATURNA.- **(Sin acercarse.)** Sí, sí señor, sí le creo...

EL REY.- Ven aquí, te digo. Yo te convenceré. Acércate, no te dé miedo... **(**SATURNA **se va acercando.)** Llégate más cerca, aquí, a mis pies... Agora ponte de rodillas... Agacha bien la cabeza, dobla ese cuerpo... Así... **(**SATURNA **ha ido siguiendo las indicaciones del** REY **este, incorporándose un poco, le da un gran palo en las espaldas, con el cetro.)** ¡Toma, puerca!

SATURNA.- ¡Ay! **(Se aparta, rápida.)** ¡Viejo cabrón!

EL REY.- ¿Soy el Rey, o no soy el Rey?

SATURNA.- ¡Un rufián, es lo que sois!

EL REY.- Cuida de la lengua, que ya sabes con quien hablas.

SATURNA.- Porque me ha dado un palo, ¿ya es el Rey?

EL REY.- Así es, hija Saturna. Ya vas entendiendo la ciencia de la política.

SATURNA.- No se me da un ardite de esa ciencia. Déjeme, Señor, que siga mi camino.

EL REY.- Y, ¿adónde vas, con tanta priesa y a estas horas? Las buenas cristianas están agora en la cama, con un hombre encima.

SATURNA.- Tengo de ir a mi negocio.

EL REY.- A quitarme de las manos dos bribones ¿no es verdad?

SATURNA.- **(Muy turbada.)** ¡Ay, no, no señor!... No voy a eso...

EL REY.- Con un papel que guardas entre las tetas. Le metistes a un puto la nariz en tu pechuga, y le sacastes el papel.

SATURNA.- ¡Ay, Jesús! ¡Sin habla estoy!

EL REY.- No hay cosa que no sepa el Rey, ya te lo he dicho. Mía es toda la sabiduría que en mi pueblo se contiene, mío es el conocimiento y mía la verdad. Por eso soy vuestro pastor y, queráis o no queráis, os tengo de guiar hacia la luz y hacia el

amor. Los súbditos sois unos ignorantes, que no sabéis lo que os conviene. Yo lo sé por vosotros, y os limpiaré los mocos por más que pataleéis. Os daré la verdadera felicidad a garrotazo limpio, lo mesmo que ya os he dado la verdadera libertad.

SATURNA.- Dios se lo pague, señor. Agora, si me da licencia, yo me voy.

EL REY.- ¡Oh, Saturna, y qué ciega estás! ¿Aún quieres arrebatarme de las manos lo que es mío? ¿Tan débiles las crees, o tan necias, que suelten lo que una vez cogieron? ¡Mal las conoces, alcahueta si en tan poco las tienes! Esos dos ladronzuelos que me quieres quitar, ya han sido castigados.

SATURNA.- No, no es cierto. No me quiera engañar, señor.

(Se vuelve a oír el zurriagazo y el alarido. SATURNA **se encoge.)**

EL REY.- ¿Y por qué habría de engañarte, desvergonzada? ¿Cómo te atreves a decirme que miento?

(Nuevo azote y nuevo grito. SATURNA **se estremece, como si lo hubiese recibido ella.)**

SATURNA- ¡Ay!

EL REY.- Lo oyes bien, ¿verdad? Eso que se siente es mi justicia, la justicia que imparto a mi amado pueblo, haciéndola caer en sus espaldas con todo su augusto peso. **(Otro azote y otro grito,** SATURNA**, abrazada a un peñasco, gime.)** Así, así, putilla... Retuerce esas carnes, que también para ti llueven las estacas. **(Nuevo zurriagazo y alarido.)** ¡Ajá! Esa es la voz de los tuyos.

SATURNA.- **(Dejándose caer de rodillas.)** ¡Ay, ay de mí! ¡Tenga piedad, señor, duélase! **(Se oye otro golpe, como si lo hubiese recibido ella,** SATURNA **se dobla violentamente hacia atrás por el impulso del latigazo casi levantándose.** EL REY **se frota las manos.)** ¡Aaayy!...

EL REY.- Aprende, bribona. ¿Tengo yo blanda la mano?

SATURNA.- Basta ya, señor, no más. Tengo una carta... Tengo aquí una carta...

EL REY.- **(Burlón.)** ¡Tengo, tengo! ¡Qué has de tener tú, desdichada! Tú no tienes más patrimonio que la redondez de tus tetas y la blancura de tus muslos, y eso no te separa del destino de tu gente.

SATURNA.- ¡Pero yo tengo una carta de don Alonso Coronel! ¡La tengo aquí!...

(El ruido de otro latigazo hace saltar aullando a SATURNA**.)**

EL REY.- **(Cuando se ha extinguido el alarido mientras** SATURNA**, en el suelo, recobra la respiración.)** Ya ves lo que tienes: nada. Esa carta no es cosa tuya, tú eres de aquellos que no tienen cartas, y no te apartas de los tuyos por cuatro garabatos que escriba en un papel un puto encandilado.

SATURNA.- **(Tendida boca abajo, golpea el suelo con el puño.)** ¡Yo me aparto de quien sea, por librar a mi niño!

EL REY.- Tarde llegas. Al medio día recibió su tanda.

SATURNA.- **(Irritada.)** ¡Mentira! Y entonces, ¿a quién pegan agora, que parece que me azotan el corazón?

EL REY.- **(También enfadado.)** ¡Y yo qué sé! A cualquiera, ¿qué más da? ¿No sois todos el mesmo? ¿No tenéis la mesma cara? ¡Todos sois uno! ¡Una sola hidra con muchas cabezas, que yo iré aplastando! ¡Pícaros, ladrones, alcahuetes, fornicadores, hechiceros, cómicos, estudiantes, maestros poetas y demás buscaperas! ¡Gente perniciosa e inútil para toda cosa!... ¡Y los otros que trabajan, deseando están dejar de hacello! ¡Miren, qué lindo pueblo me ha tocado! ¡Para vivir sin trabajar, hay que tener con qué! ¡Y si no se tiene, hay que doblar los lomos! ¡Doblar los lomos, que para eso están! ¡Oh, Dios, y cuanto palo necesitáis para andar derechos! Pero lo tendréis... El Señor me conservará las fuerzas, y yo os mediré las costillas por los siglos de los siglos.

SATURNA.- ¿Y siempre ha de estar este pobre pueblo con el palo encima? ¿Ni siquiera por lástima le dejarán respirar?

EL REY.- **(Bondadoso.)** ¡Oh, Saturna, y cuán poco me entiendes! Ven, mujer, acércate.

SATURNA.- No es menester, Señor, que desde aquí le oigo muy bien.

EL REY.- Aún así has de venir, que yo te lo mando. No desconfíes, que agora estoy benévolo. **(**SATURNA **se le va acercando.)** Ven aquí, dame la mano. Sube con cuidado, así. Siéntate agora en mis rodillas. Vamos. **(**SATURNA **le obedece.)** Ya ves cuán fácil es llegar al corazón del Rey. Escucha, hija querida: tú eres una puta...

SATURNA.- **(Le interrumpe.)** Yo no, señor, en ninguna manera.

EL REY.- No me repliques. Tú eres una puta, porque lo digo yo. Pues bien, he aquí que yo soy otra.

SATURNA.- ¡Qué dice!

EL REY.- **(Tranquilo y afable.)** Digo que yo soy otra puta. **(Cariñosamente amenazador.)** Por eso no me parecéis bien vosotras, pícara. Me quitáis a los hombres.

SATURNA.- ¡Válame Dios, quien lo habría de decir! ¡El Rey, una puta!

EL REY.- El Rey come hombres, como vosotras. Sólo que yo me los como de verdad, les desgarro las carnes, les trituro los huesos, y me los trago para engordar. De esa manera vienen a convertirse en una parte del Rey, y se acrecientan mi grandeza y mi poder. Los buenos súbditos se dejan devorar de buen grado, se meten ellos mesmos en mi cuerpo, y no piensan sino con mi pensamiento ni hablan sino por mi boca. A los demás, en cambio, me los como a viva fuerza y no lo pasan muy bien pero por sí o por no, acaban lo mesmo. Cuando a todos os haya comido, considera, Saturna, cuál será mi tamaño: toda nuestra tierra no será sino el Rey, un Rey gordo y pacífico que la ocupará de mar a mar. Ya no habrá discusiones ni disputas, a que tan dados son los españoles. Todos serán yo y yo seré todos. Y nuestra patria vendrá a ser un compacto bloque de piedra berroqueña, donde hallarán asilo y refugio todas las virtudes desterradas de las demás naciones, hundidas en el libertinaje y la confusión. ¿Eh? ¿Qué dices a esto, Saturna? **(La abraza estrechamente.)** ¿No desearías tú ser una parte mía? ¿Verdad que quieres sentir lo que yo siento, pensar lo que yo pienso, hablar lo que yo hablo? ¿Qué dices, hermosa?

SATURNA.- Yo haré lo que fuere su voluntad, pero antes he de mirar por mi Clementico.

EL REY.- **(Indignado, la rechaza lanzándola al suelo.)** ¡El diablo te lleve, que todos sois iguales! No se os puede tratar bien, sólo pensáis en vosotros mesmos, en tener las manos libres para hacer vuestro antojo.

SATURNA.- Para hacer lo que debemos, señor. Yo no puedo agora dejarme comer, que tengo a mi hijo en la cárcel.

(EL REY **golpea levemente con el cetro las piedras sobre las que está el trono y estas se mueven y crecen, resultando ser unos como fantasmones enteramente tapados con grandes capisayos, que semejaban pedruscos al estar agachados. Llevan el trono sobre sus hombros, y desfilan lentamente.)**

EL REY.- **(Al pasar ante** SATURNA**.)** Adiós, hija. Ya te cogeré y me las pagarás todas, y bien sahumadas. A mí no se me desprecia.

SATURNA.- ¡Santa María! ¡Yo no he dicho eso! Mire, señor, que no puedo dejar a mi niño...

EL REY.- **(Mientras se va alejando en lo alto de su silla.)** Yo sí que no lo puedo dejar, que ya está en mi barriga el muchacho...

SATURNA.- **(Corre tras él, ansiosa.)** ¿Lo ha visto? ¿Lo ha visto, señor? ¿Cómo estaba?

EL REY.- Cubierto de sangre, estaba.

SATURNA.- **(Se detiene.)** ¡Ay, no! ¡Eso es mentira! **(Grita al** REY**, que ya se pierde en la oscuridad.)** ¡Embustero, que no has hecho sino soltar mentiras! ¡Mi Clementico está bueno y sano! **(El** REY **se ha desvanecido.** SATURNA **está sola. Mira alrededor, y repite a media voz.)** Mi Clementico está bueno y sano... **(Angustiada.)** Bueno y sano...

(Se queda en silencio, mirando a un lugar elevado del espacio escénico, que se ilumina poco a poco, apareciendo una especie de andamiaje aislado entre sombras, como flotando en lo alto. Esencialmente, son dos andamios paralelos a distinta altura. Por el inferior, vienen dos como sacerdotes o ministros ensabanados, trayendo cada uno un gran lebrillo con mucha solemnidad, se detienen, y uno pone su lebrillo en el andamio de arriba. Mientras el otro se agacha y pone el suyo en el de abajo, junto a sus pies. Ambos se retiran despacio, en tanto que por el estrado superior entra otro personaje con negra veste talar y un tocado fantástico que le oculta el rostro a modo de máscara. Coge el lebrillo de arriba y lo sostiene en alto, manteniéndose quieto. Vienen nuevamente los ensabanados, sujetando entre los dos a un tercero que apenas se sostiene. Le hacen meter los pies en el lebrillo inferior y le amarran las muñecas a unas cuerdas que cuelgan a uno y otro lado, dejándolo enfrente del de negro, a un nivel más bajo, con los brazos abiertos sujetos por las cuerdas. Le quitan cuidadosamente la vestidura blanca, dejándolo en cueros: es un mozo, y tiene las espaldas cruzadas por las huellas de muchos azotes. Oprimida de angustia SATURNA **procura ver el rostro del mancebo, pero sin conseguirlo ni poderse acercar, como si los pies se le pegasen al suelo. Los acólitos se han apartado del mozo, y el de negro, desde arriba.**

Vierte sobre él el contenido del lebrillo que sostiene un líquido rojo y brillante cae sobre el atado, y le corre y escurre por el cuerpo. Se le doblan las rodillas y queda inerte, colgado de las muñecas, mientras el líquido le va tiñendo. SATURNA **gime. Los ayudantes sea acercan al mozo, le sueltan los brazos de las cuerdas y, mientras se oye el llanto de un recién nacido, lo dejan caer poco a poco dentro del lebrillo en que estaba de pie, acurrucándolo para que quepa en posición fetal. Luego, reciben del oficiante el otro lebrillo y lo ponen boca abajo sobre el anterior, tapándolo perfectamente. El llanto se extingue. Se retiran despacio mientras va desapareciendo la iluminación de la pantomima, quedando todo como antes.)**

SATURNA- (Reaccionando paulatinamente contra la angustia.) ¡Ay!...¡Ay, niño!... ¡Ay, niño, qué ha sido de ti!... ¿Quién era? Pero, ¿quién era ese? No podía ser mi Clementico, ese era mucho mayor... ¡Ay, qué dolor tengo por dentro, que no me deja respirar!... No era mi niño, y yo sentía que sí lo era, no podía ser otro sino él... ¡Pero qué digo, Dios, si ese era un mozo!... Ni tampoco eso, que era una ilusión de la fiebre... A buen seguro que tengo fiebre. **(Se pasa las manos por la cara.)** La tengo, sin duda. Del cansancio y del no comer. Pero tú estás bien, hijito, a ti no te han tocado. **(Empieza a andar.)** Agora estás durmiendo, tu madre te va a llevar a casa con la carta de don Alonso. ¡Oh, bendito don Alonso, qué buen caballero! **(Anda más deprisa, casi corriendo.)** He de llegar temprano luz de mis ojos, y sacarte de ahí. **(Se pierde en la oscuridad.)** ¡Ay, niño, qué habrá sido de ti!

(Oscuro.)

Cuadro XI

Interior de la casa de SATURNA**. Ambiente lóbrego. De cueva o refugio. Las paredes son poco visibles en la penumbra, pero la puerta cerrada se advierte claramente. Ocupa todo el fondo una especie de gran tela de araña formada por cuerdas tensas. Algunos utensilios domésticos. El ruido de una llave en la cerradura. Entra** SATURNA.

VOZ DE UN MUCHACHO.- **(Alborozada y ofensiva, gritando.)** ¡La Saturna vestida de fraile! ¡Miren la Saturna...!

(SATURNA **cierra deprisa la puerta, dejándose caer sobre ella. Está agotada.)**

SATURNA.- **(Entre dientes.)** Hijo de puerca, como te coja... **(Echa el cerrojo.)**

VOZ DE UN MUCHACHO.- ¡Ayer sacaron a tu marido a pasear en burro! ¡Y Antón el Clavo lo deslomaba a pura zurriaga! **(Patadas en la puerta.)** ¿Me oyes, Saturna?

SATURNA.- **(Grita.)** ¡Agora salgo y te chupo la sangre, mal nacido!

(Se oye la carrera del MUCHACHO **que se aleja.** SATURNA **se saca del pecho la carta de** DON ALONSO**, y se quita rápida el hábito, abriendo un arcón del que coge ropas para vestirse. Entre tanto, se percibe la voz de dos muchachos que se acercan.)**

VOZ DE UN MUCHACHO.- **(Se aproxima, haciéndose inteligible.)** ...Y venía en cabellos, vestida de fraile francisco. Ha dicho que me iba a chupar la sangre.

VOZ DE OTRO MUCHACHO.- Cuida que no te coja solo. A Lope Tomás se la chupó ella, que mi madre me lo ha dicho.

VOZ DE UN MUCHACHO.- A mí esa no me da miedo. Mira. **(Grita.)** ¡Saturna, bruja! **(Una fuerte patada en la puerta. Ruido de carreras que se alejan.)**

SATURNA.- ¡La puta que los parió! **(Llaman a la puerta.)** ¡Fuera de mi puerta, bellacones! ¡Id a aporrear los cuernos de vuestro padre!

VOZ DE ANA.- Abre, Aldonza, que soy yo.

SATURNA.- ¡Ah! ¡Agora no estoy para nadie, que voy de priesa! ¡Vuelva luego!

VOZ DE ANA.- ¿Es que no me conoces? ¡Soy tu prima! ¡Ana Codillo!

SATURNA.- ¡La Virgen me valga! No te había conocido. **(Va a abrir la puerta, con la ropa en la mano.)** Pasa. **(Entra** ANA CODILLO**, con un niño de tres o cuatro años de la mano.** SATURNA **se agacha y lo abraza, aplicándole sonoros besos.)** ¡Pablicos, hijo! ¡Sol de la casa, hermoso mío! ¿Te has acordado de mí? Agora vendrá tu hermano, y habéis de jugar juntos...

ANA.- Y mi Pedro, ¿no ha venido contigo?

SATURNA.- Se quedó en la corte, por descansar unos días.

ANA.- ¿Por descansar, dices? ¡Así descansara para siempre, el ladrón desuellacaras! ¡Ese hombre me va a matar!

SATURNA.- **(Empieza a vestirse.)** Es mucho el camino, Anica, para hacello de ida y vuelta sin dormir.

ANA.- No traes tú muy buena cara, no. ¿Estás mala?

SATURNA.- ¿Es cierto que ayer sacaron a azotar a mi marido?

ANA.- ¿Cómo lo has sabido?

SATURNA.- Un pícaro me lo ha gritado.

ANA.- Cien zurriagazos llevó por esas calles y los aguantó muy bien, que iba hecho un señor. **(Señalando al niño.)** Pablicos lo reconoció y le gritó, ¡padre!, pero él ni levantó los ojos según iba ensimismado con el mosqueo. **(Corta pausa.** SATURNA**, nerviosa y preocupada. No se acierta a vestir.)** Ya está suelto.

SATURNA.- **(Separándose unos pasos de** ANA**. Con esfuerzo para hablar.)** ¿Y..., el otro?

ANA.- **(Vacilante.)** ¿No sabes lo de Clementico? **(**SATURNA **se detiene en seco.)**

SATURNA.- **(Volviéndose, despacio a mirar a** ANA**.)** No ... no sé...

ANA.- Ayer también..., lo azotaron en la cárcel.

SATURNA.- **(Tambaleándose a media voz.)** ¡Ay, que me lo daba el corazón!

ANA.- **(Mirando al suelo.)** ...Y como él era para tan poco... **(Se detiene.)**

SATURNA.- **(Cada vez más fuerte.)** No te pares, sigue. ¿Qué me vas a decir? ¡Acaba presto!

ANA.- **(Con un gesto de importancia.)** Que se murió anoche...

SATURNA.- **(Hilada.)** ¿Murió, dices?

ANA.- Sí. **(Pausa.)** Aldonza, ¿qué te pasa? **(La zarandea.)** ¡No me mires así, di algo! ¡Estás traspuesta! **(**SATURNA**, maquinalmente se desprende las manos de** ANA **y se aparta, cabizbaja.)** No se hubiese logrado en todas maneras. Era muy delicadico.

SATURNA.- **(Se sienta en el suelo, con asombro.)** Han matado a mi Clementico. Lo han matado. **(Va encolerizándose.)** ¡A palos! ¡Lo han matado a palos!... ¡Me han matado a palos a mi niño! **(Grita.)** ¡A mis espaldas, lo han matado como a un perro rabioso! ¡Aayyy...!

ANA.- Aldonza, sosiégate, por la Virgen.

SATURNA.- ¡Como a un perro rabioso, a mi hijito querido!... Pero, ¿quién se atrevió a hacello? ¿Quién tuvo corazón para matármelo a azotes? ¡No hay hombre que tal haga! ¡Un lobo de la sierra no lo haría! ¿Quien lo hizo, Anica? Dímelo, por tu vida, ¿quién lo hizo?

ANA.- **(Algo asustada.)** Aldonza, mejor que yo lo sabes. La justicia lo hizo. No te salgas de juicio, que me asustas.

SATURNA.- ¡La justicia! ¡La justicia! ¿Qué justicia? ¡Esa no es mi justicia! ¡Yo no la conozco! ¡Maldito quien la fundó, malditos sean sus huesos! ¡Y tú, Dios del cielo, que permites estas cosas!, ¿para cuándo guardas tus rayos? ¡Los que han matado a ese niño dormirán esta noche en sus camas! ¡Comerán y se acostarán con sus mujeres, esos hijos de puta! ¡Y yo no podré clavar estas uñas en sus ojos! ¡Ay, habré de clavarlas en los míos, mala peste!

ANA.- No te pongas así, mujer. Considera que no es él el único. Otros ha habido y otros habrá.

SATURNA.- ¡Ay, niño mío, que todas las noches yo te desnudaba y ayer te desnudó el verdugo!... ¡Bien sé yo cómo te acordabas de mí cuando te amarraban al palo, bien lo sé! ¡Y cómo gritaste llamando a tu madre, cuando el azote te rompió tu espalda pequeñica! ¡Ay, tu madre no te oía, no! ¡Tu madre estaba andando los miserables caminos desta tierra negra! ¡Ay, en qué hora nos puso Dios en ella! ¡Charca de sangre! ¡Patio de verdugos! ¡Ay, España, puerta del infierno!

ANA.- ¡Que te van a oír en la calle! ¿Pero te has vuelto loca? ¡Calla, que te pierdes! ¡Calla!

SATURNA.- ¡No puedo! ¡No puedo callar!... ¡Si yo callo, gritarán las piedras! ¡Gritarán los campos y los montes! ¡Ay, déjame a lo menos la voz! ¡Deja libre a mi lengua de levantarse al cielo!¡Déjame a lo menos este desahogo! ¡Ay!... **(Se deja caer sobre el suelo, con la cabeza bajo los brazos.)** ¡Ay!...

VOZ DE UN MUCHACHO.- **(Destacándose en un murmullo de voces infantiles.)** ¡Oíd como grita la bruja!

VOZ DE OTRO MUCHACHO.- ¡Ha pasado estos días en un convento de frailes!

ANA.- **(Se dirige hacia la puertas gritando.)** ¡Fuera de ahí, Barrabases! ¡Idos a apedrear gatos! ¡Fuera! **(Se oye la carrera de los muchachos.)**

(Fuertes golpes en la puerta acompañan la voz de CLEMENTE PABLO**, el marido de** SATURNA**.)**

VOZ DE CLEMENTE.- ¡Abre, zorra, que ya sé que está ahí! ¡Abre, te digo, voto a Dios!

ANA.- ¡Cuerpo de mi padre, tal viene tu marido! ¡Sin abrille la puerta, le güelo el vino! **(Abre.)** ¡No debiera abrirte, bellaconazo! ¿No tienes temor de Dios?

CLEMENTE.- **(Que trae una borrachera inequívoca.)** ¿Dónde está esa puta que se acuesta con los frailes?

ANA.- Pero, ¿qué dices ahí, pecador de Dios? ¡Anda a dormilla, borrachuzo!

CLEMENTE.- ¡Gentes honradas me lo han dicho! ¡Dos días con sus noches ha estado mí mujer disfrazada de fraile, viviendo en un monasterio de hombres! ¡Fornicando a coro, la grandísima puta!

ANA.- Mira lo que dices, Clemente, que eso son maledicencias de gente ruin.

CLEMENTE.- ¡De gente honradísima! ¡El muchacho y yo aguantando la zurriaga, y ella mientras tendida panza arriba, con todo un convento encima de su cuerpo! ¡Aparta, quita, que ya la veo! ¡No le ciegues a un hombre el camino de su honra!

ANA.- **(Procurando estorbarle que llegue a** SATURNA**.)** ¡Vete a la cama bellaco, que estás como un zaque!

CLEMENTE.- ¡En la aldaba de mi puerta, tengo de colgar la cabeza de la adúltera! ¡Por los cabellos la ataré a la aldaba, para pregón y muestra del honor desta casa! ¡Reza lo que te acomode, Putifar, que ha llegado tu hora! ¡Tu cabeza en la aldaba!

ANA.- ¡Mala aldaba te dé Dios, hijo de Satanás! ¡Miren, qué rosario viene rezando por el buen poso de su hijo!

CLEMENTE.- **(Aparta definitivamente a** ANA**.)** ¡Aparta, digo, no te saque a ti el mondongo como a cómplice! **(Sea cerca solemne a** SATURNA**, con algún tambaleo.)** ¡La cabeza de la adúltera quiero, para adorno de mi puerta! **(Se detiene frente a** SATURNA**, que sigue tendida en el suelo y adopta el ademán de un terrible juez, con los brazos en alto.)** ¡Aldonza Saturna de Rebollo! ¿Te hallas dispuesta a comparecer, ante el tribunal de Dios? ¡Ya es pasado el plazo de tu vida, ve aquí a tu ejecutor! ¡Pecadora, levanta esos ojos y míralo delante de ti!

(SATURNA **levanta despacio la cabeza y mira a su marido con tanto odio, que al pobre se le caen las alas del corazón. Baja los brazos, encoge el cuerpo, y retrocede unos pasos.)**

SATURNA.- **(En voz baja. Cargada de ira.)** ¿Dónde está Clementico?

CLEMENTE.- ¿Y a mí me lo preguntas?

SATURNA.- Contigo estaba. Por eso te pregunto.

CLEMENTE.- ¡Hubieras dado dineros a Antón el Clavo, y agora estuviera aquí Clementico, azotado con penca sencilla!

SATURNA.- Pero, ¿qué dineros? ¿Dónde están esos dineros, maldito sea tu linaje?

CLEMENTE.- ¿No podías vender tus tarros y potingues? ¡Pero quisiste mejor irte de puteo, así que te viste suelta! Y yo agora, en tanto no crezca Pablo, estoy sin ayuda en mi menester...

SATURNA.- **(Fuera de sí.)** ¿También Pablos? ¿Agora el otro? ¡No, en mis días! **(Se lanza contra** CLEMENTE, **golpeándole.)** ¡A Pablicos no me lo matas tú! ¡A este, no!

CLEMENTE.- **(Reaccionando y pegándole a su vez.)** ¡Ay la tía marrana, que parece una fiera!

(Ambos se pegan, enfurecidos. La borrachera del uno y el cansancio de la otra se suplen con la cólera.)

ANA.- ¡Ay, Virgen Santísima! ¡Estaos quedos no hagáis eso, que está Pablicos delante! **(Se pone ante** PABLOS **para que este no vea la escena, pero el niño, muy divertido, se asoma por donde puede.)** ¡Que estáis dando un escándalo, y os han de oír!

(Los cónyuges se siguen pegando con manos y pies, intercambiando insultos y denuestos.)

SATURNA.- ¡Ya me has matado a uno! ¡No pienses en el otro, que te como los sesos!

CLEMENTE.- ¡Estás endemoniada, mala puta!

SATURNA.- ¡En tus barbas han matado a tu hijo, cabronazo!

CLEMENTE.- ¡En Dios y en mi ánima, que de esta te mato!

(La lucha se desequilibra. Duramente golpeada, SATURNA **retrocede dando traspiés.)**

SATURNA.- ¡Así mueras, mal padre! ¡He de verte ahorcar!

CLEMENTE.- **(Yéndose hacia ella.)** ¡Vení aquí, mujer del diablo! ¡Juro a Dios que te abro esa tripa!

SATURNA.- ¡Desuellacaras, criminal!

CLEMENTE.- **(Golpeándola.)** ¡Te he de partir por medio! **(**SATURNA **ya no opone resistencia. Clemente lo advierte con placer, y la coge de los cabellos.)** ¡Ay, puta, agora las vas a pagar! ¡Agora te tengo como yo quería! ¡Ven aquí!... **(Derribándola.)** ¡Llama a los frailes, por ver si vienen a librarte! ¡Anda, puerca, llámalos!

ANA.- ¡Pero qué frailes dices, hombre de Dios! ¡No hay tales frailes! ¡Ella fue a la corte por una carta de don Alonso Coronel, para sacaros de la cárcel, míralo! ¡Ve aquí la carta!

CLEMENTE.- (Tras mirar la carta en manos de ANA**, se encara con** SATURNA**, a la que tiene sujeta bajo sus piernas.)** Así que fuimos a la corte tras don Alonso Coronel. Con el de siempre, ¿no es cierto? ¡Qué fidelidad! Y, ¿como te recompensó, Aldoncica? **(Dándole un bofetada.)** ¿Así?

SATURNA.- (Revolviéndose.) ¡Hijo de puta!

CLEMENTE.- (Pegándole con las dos manos.) ¿Qué has dicho? ¿Eh? ¿Qué has dicho?

SATURNA.- (Que sigue revolviéndose.) ¡Hijo de puta! ¡Hijo de la grandísima puta!

(SATURNA **ha conseguido ponerse boca abajo protegiéndose la cabeza con los brazos, y la lluvia de pescozones de** CLEMENTE **más le cansa a él que la daña a ella.** ANA **abre la puerta y sale dando voces.)**

ANA.- ¡Vengan, vecinas! ¡Vecinas! ¡Vengan por el amor de Dios, que Clemente Pablos está matando a su mujer! ¡A mi prima Aldonza, la Saturna! ¡Vengan, que la mata!

CLEMENTE.- (Deja de golpear, tomándose un respiro. Jadeante.) Toda tu carne he de picar bien menuda, y la haré morcillas con tu mesma sangre, por dentro de tus tripas... ¿Me oyes, pendón?... ¿Estás viva?

SATURNA.- (Protegida por los brazos.) ¡Hijo de puta, mariconazo!

VOZ DE VECINAS.- ¡Jesús, no será tanto! ¡Es mucho hombre, Clemente Pablos! ¡Vamos allá!

(Ante la proximidad del público, CLEMENTE **se enardece y reanuda los bofetones. Entra** ANA **seguida de varias vecinas: tres viejas enlutadas y dos mozas con refajos y corpiños de alegres colores. Las visitantes se las arreglan para cotillear la habitación, al tiempo que se acercan a apartar a** CLEMENTE **de** SATURNA**.)**

ANA.- ¡Vean vuesas mercedes si no digo verdad! ¡Ahí lo tienen, que la está matando!

MOZA 1ª.- ¡Válame el Señor, y qué molienda!

VIEJA 1ª.- **(A** ANA**, con gran autoridad.)** Anica, saca de aquí ese niño, que no es bien que vea esto. Llévalo a tu casa, y nosotras cuidaremos de todo.

ANA.- Desapártenlos, miren que no la mate. Vámonos, Pablicos, hijo, que tienes el más bellaco padre de cuantos comen pan.

(Sale ANA**, llevándose al niño cogido de la mano.)**

VIEJA 1ª.- **(A** CLEMENTE**, autoritaria.)** Bien está, galán. Deja a tu mujer, que harto la has majado.

CLEMENTE.- **(Siempre golpeando a** SATURNA**.)** Estoy en mi casa y hago lo que me acomoda, que aquí soy el rey.

MOZA 1ª.- ¡Pero, déjala, verdugo de inocentes! ¿Es que no ves que la matas?

CLEMENTE-¿De inocentes? ¡Por adúltera, se ve como se ve! Y aun es nada, que le tengo de rebanar la garganta de una oreja a la otra.

VIEJA 2ª.- ¡Miren, el rebanador!

VIEJA 1ª.- Sosiega, Clemente, mira que ya tienes la calle llena de muchachos.

CLEMENTE.- Más habrá, cuando esté su cabeza colgando de la aldaba.

(Las vecinas se arremolinan alrededor de CLEMENTE PABLO**, intentando separarlo de** SATURNA**. Él la sujeta con las piernas y se defiende a empujones.)**

VIEJA 2ª.- Pero, ¿qué dices ahí, pecador?

VIEJA 3ª.- ¡Borrachón, ladronazo!

MOZA 1ª.- ¡Quita de ahí, déjala!

VIEJA 1ª.- ¡Clemente, ten juicio!

MOZA 2ª.- ¡Desuellacaras!

MOZA 1ª.- ¡Tigre de Ocaña!

CLEMENTE.- ¡Voto a Dios, hato de putas! ¡Váyanse a su casa, o a todas haré las muelas a puros bofetones!

VIEJA 2ª.- ¡Con estas pobres palomas te atreves, gran bellaco!

VIEJA 1ª.- **(Suasoria.)** Hijo, tú eres hombre de juicio y ya has hecho lo que debías. No sigas, que no hay para qué.

VIEJA 2ª.- ¡Bien le has sentado la mano!

MOZA 1ª.- Déjala, que esta no se le olvida.

VIEJA 1ª.- Tómate un trago de vino, que estás fatigado.

VIEJA 3ª.- ¡Ea ya, león! ¡Sosiega, sosiega!

CLEMENTE.- ¡Déjenme hacer justicia! ¡Fuera!

MOZA 1ª.- ¡Por el siglo de mi agüelo! Pero, ¿qué justicia, descomulgado?

VIEJA 1ª.- **(A las mozas.)** ¿Y no seréis mujeres a llevároslo, vosotras que sois mozas?

MOZA 2ª.- ¿No podemos entre todas, y hemos de poder nosotras solas?

VIEJA 1ª.- ¡Miren, qué inocencia de doncellica! ¿Y es que no tenéis nada debajo de las sayas?

VIEJA 2ª.- ¿No tenéis dos tetas cada una?

MOZA 1ª.- **(Subiéndose las faldas y sujetándoselas en la cintura.)** ¡Mira, Clemente! ¡Mírame a mí!

CLEMENTE.- **(Mirándola.)** ¡Oh, hideputa, y qué tentación de muchacha!

MOZA 2ª.-**(Haciendo lo mismo que la anterior.)** ¿Vienes con nosotras a la taberna de la Torrecilla?

CLEMENTE.- ¡No tengo un real, pecador soy yo a Dios!

VIEJA 1ª.- ¡Eso no importa, hijo , tú ve con ellas!

MOZA 1ª- Nosotras te lo pagamos, que estamos agora muy ricas.

MOZA 2ª.- ¿Nos dejarás ir solas?

CLEMENTE.- **(Levantándose.)** No ha de ser así, que yo soy demasiado hombre para consentir una cosa tal. Yo iré donde sea menester y no por el vino, que agora no tengo gana.

MOZA 1ª.- De otra cosa tienes tú ganas, ¿no es cierto?

(Se intenta acercar CLEMENTE **a una de las mozas y ella lo esquiva riendo al tiempo que lo atrae. La red del fondo se ha ido poniendo horizontal, a cierta altura, y las muchachas trepan y se ponen sobre ella, procurando y haciendo que** CLEMENTE **las imite y siga.)**

MOZA 1ª.- ¡No te caigas, cristiano, que tienes harto vino en ese cuerpo!

CLEMENTE.- ¡No lo he probado!

MOZA 2ª.- ¡Hay quien te ha visto!

CLEMENTE-¡Convite de amigos, por celebrar mi salida de la trena!

MOZA 1ª.- Daca la mano y sube presto, que nos vamos.

VIEJA 1ª.- ¡Andad, andad! Lleváoslo, y hacedle reventar.

(La red va subiendo suavemente llevándose a CLEMENTE **y las mozas, que sobre ella gatean, persiguiéndolas él y huyéndole ellas, al tiempo que le ponen buena cara.)**

VIEJA 3ª.- ¡Allá vas, calvatrueno, detrás de la carne! ¡Dios te pedirá cuentas!

CLEMENTE.- ¡Pero no retocéis tanto, hijas de mi vida! ¡Dejad que vayamos a la par, que parece que me huís!

MOZA 2ª.- ¡Aviva, aviva y espabila, que se diría que no puedes con los calzones!

CLEMENTE.- ¡Ay, déjame que os coja, por que veáis como os quiero bien!

MOZA 1ª.- ¡Eh, manicas quedas!

CLEMENTE.- ¡Por Dios, que no es con mala intención!

MOZA 1ª.- ¡No te amohínes, corazón, que quiérote yo mucho!

MOZA 2ª.- ¡Ay, Clemente, ven conmigo, que me tienes abrasada!

CLEMENTE.- ¡Allá voy, luz de mis ojos, no tengas pena!

MOZA 1ª.-¿Y a mí me darás la espalda, traidor?

CLEMENTE.- ¡No, por Dios! ¡Pero no huyáis ni os desparraméis, criaturas, dejad que vayamos juntos!

(La red ha seguido su ascenso con las mozas burlonas y el rijoso CLEMENTE**, y se oculta por la parte de arriba, sin duda camino de los cielos. Se oyen cada vez más apagadas las risas de las mujeres. Abajo queda** SATURNA**, quejándose a media voz, y las tres viejas, que han seguido el ascenso con la vista.)**

VIEJA 3ª.- ¡Loado sea Dios, que ya se fue el mal nacido lendroso ese!

VIEJA 2ª.- Esas locas lo dejarán como pellejo vacío.

VIEJA 1ª.- Mirad a la Saturna. ¡Cuerpo de mi padre, y cómo la ha parado! Ni levantarse puede.

(Se acercan las tres a mirarla.)

VIEJA 2ª.- Y está medio en cueros, que es una indecencia.

VIEJA 3ª.- ¡Ved que se estaba poniendo ropas de color!

VIEJA 1ª.- Pues no ha de ser así. Buscad si hay vestidos negros que ponelle.

VIEJA 3ª.- Yo miraré.

(Se dirige a buscar por arcas y cofres. Las otras incorporan un poco a SATURNA**.)**

SATURNA.- ¡Hijo de mis entrañas!

VIEJA 1ª.- Mejor suerte ha tenido que si viviera.

VIEJA 2ª.- ¡Dichoso él, que agora está en el cielo tocando la pandera!

(La VIEJA 3ª **encuentra el hábito, y lo muestra en alto, excitada.)**

VIEJA 3ª.- ¡Miren, miren aquí! Ropa negra no he visto, pero vean este hábito de fraile francisco.

VIEJA 2ª.- ¡Un hábito de fraile, por el siglo de mi agüelo!

VIEJA 1ª.- Por agora, la vestiremos de lo nuestro. Deja afuera ese hábito, que lo cortaré y servirá de mortaja para el niño.

SATURNA.- ¡Ay, en qué mala hora me parió mi madre!

VIEJA 1ª.- **(Descalzándose una media o calcetín gordo, negro, bastante sucio, y mostrando tener debajo otro exactamente igual.)** No des esas voces, Aldonza.

VIEJA 2ª.- **(Haciendo lo mismo.)** Ten conformidad, hija.

SATURNA.- **(Mientras las viejas le ponen, cada una en un pie, los calcetines que se han quitado.)** ¡Azotado hasta morir!

VIEJA 1ª.- **(Poniéndole concienzudamente el calcetín.)** ¡Mejor muerto que pasando penas!

VIEJA 3ª.- (Que se acerca quitándose la toca y anudándosela como sobrefalda, se desabrocha y quita la negra blusa, bajo la que lleva otra idéntica.) Los pobres parimos a los hijos con una señal negra: o hambrientos o ahorcados.

VIEJA 2ª.- ¡O las dos cosas!

VIEJA 1ª.- (Acabándole, de quitar a SATURNA **la blusa que tenía a medio poner.)** Considerando lo delgadico que era, en cuanto le llevaron a la cárcel por muerto lo tuve.

VIEJA 2ª.- El sino del pobre: o aguantar o morirse.

SATURNA.- ¡No, no! ¡Mi niño, no! ¡Él no, en ninguna manera! ¡Él no!

VIEJA 3ª.- (Mientras entre las tres le ponen la blusa negra.) ¡Ay, qué inocencia! ¡Él no! Pues, ¿qué bula tenía el desdichado?

SATURNA.- ¡Él tenía su papel para quedar libre! ¡Un papel firmado que yo truje de la corte! ¡Él tenía su papel!

VIEJA 1ª.- (Despectiva, mientras se quita la negra falda, bajo la que tiene otra lo mismo.) ¡Un papel! ¡Los papeles no son cosa nuestra, hija Aldonza! ¡Sólo sirven a los de arriba! ¿Cómo podría un papel aprovechar a tu Clementico?

SATURNA.- **(Mientras las viejas la levantan y le sueltan su casi desprendida falda.)** ¡Sí le hubiese aprovechado, que bien alto era quien se lo hizo! ¿Ay, si don Alonso no hubiese estado en Madrid!

VIEJA 3ª.- ¡Dios no lo ha querido así!

VIEJA 2ª.- ¡Dios quería tener a ese ángel en el cielo!

VIEJA 1ª.- (En tanto que las otras sujetan de pie a SATURNA**, le mete la saya negra por la cabeza con energía.)** ¡Pero qué Dios, ni qué cielo! El niño ha muerto de azotes por no tener valedores ni favor, que ningún pobre los tiene. **(Sosteniendo ella a** SATURNA**, mientras las otras le sujetan la falda en su sitio.)** Y tú, ¿que pensabas? ¿Que porque un señor te escribiese un papelito, ya ibais tú y tu hijo a tener trato de señores? ¿Que sólo con eso te separabas de nosotros y te ibas a las alturas? ¿Justicia de rico para la señora? ¡Pues justicia de pobre has tenido, y bien de pobre que te han matado a tu hijo con papel y sin papel!

(A SATURNA **se le doblan las piernas, y la** VIEJA 1.ª **la deja caer poco a poco, hasta que se sienta en el suelo. La** VIEJA 2.ª **se quita la toca, bajo la que tiene otra igual.)**

SATURNA.- **(Mientras le ponen la toca, cruzándosela por el pecho y atándosela a la cintura. Agarrándose a la última esperanza teórica.)** ¡Ay, si hubiesen esperado sólo un día!...

VIEJA 1ª.- **(Impaciente.)** ¡Pero no esperaron! ¡Oh, qué necia te has vuelto, no pareces la Saturna! Si hubiese sido el hijo de un caballero ya hubiesen esperado un año. Ni tampoco eso, porque no hubiese ido a la cárcel.

VIEJA 2ª.- ¡Los rigores de la justicia son sólo para nosotros!

VIEJA 3.ª.- ¡De la justicia y de todo!

VOCES DE MUCHACHOS.- **(A lo lejos, aproximándose.)** ¡Viva, viva y reviva la Santa Inquisición!

VIEJA 1ª.- ¿Necesitas algo, Aldonza? Vamos a cortar ese hábito, y luego te traeremos alguna cosa para que comas.

SATURNA.- **(Cabizbaja, sin mirar.)** Dios se lo pague.

VOZ DE UN MUCHACHO.- **(Fuerte, tras de la puerta.)** ¡Bruja Saturna! ¿Dónde has estado vestida de fraile?

VOZ DE OTRO MUCHACHO.- ¿Has hecho una misa con el diablo?

VIEJA 2ª.- **(Mientras** SATURNA **permanece indiferente, como ensimismada.)** ¡Bellacones!

VIEJA 1ª.- ¡Agora salgo y veréis, grandísimos pícaros!

VOCES DE MUCHACHOS.- **(A coro, fuerte.)** ¡Que viva, viva y reviva la Santa Inquisición!

(Ruido de carreras que se alejan. La VIEJA 1ª **abre la puerta demasiado tarde.)**

VIEJA 1ª.- (Desde la puerta.) ¡Andad, herejes! **(Hacia dentro.)** Corren como Satanás. Venid, vámonos. **(Las** VIEJAS 2ª **y** 3ª **recogen el hábito y van hacia la puerta. La** VIEJA 1.ª **habla hacia arriba.)** ¡Eh, vosotras! ¡Retozonas! ¡Se acabó el juego!

(Se oyen arriba las risas crueles de las mozas y la voz quejumbrosa de CLEMENTE**.)**

LAS TRES VIEJAS.- (Saliendo y cerrando la puerta.) ¡Adiós queda, Aldoncica! ¡Ahora venimos! ¡Ten paciencia! **(**SATURNA **no contesta ni hace gesto alguno. Se intensifican las voces de arriba.)**

VOZ DE LA MOZA 1ª.- ¡Queda con Dios, Clementico!

VOZ DE LA MOZA 2ª.- ¡Vas a bajar volando!

VOZ DE CLEMENTE.- ¡Ay, no! ¡Mirad no me soltéis, que me mato!

VOZ DE LA MOZA 1ª.- ¡Se acabó la fiesta!

VOZ DE CLEMENTE.- Pero, ¿qué fiesta, si no habéis hecho sino burlaros?

VOZ DE LA MOZA 2ª.- ¡Abajo, puerco! ¿Pues qué pensabas? ¡Abajo!

VOZ DE LA MOZA 1ª.- ¡Cuida no te estrelles!

VOZ DE CLEMENTE.- ¡No, por Dios! ¡No me hagáis caer, tened caridad! ¡Ay!

(Mientras se alzan las carcajadas de las mozas, CLEMENTE **se precipita desde lo alto con un aullido y se estrella contra el suelo. Queda tumbado boca abajo, mientras se van alejando las risas.** SATURNA **sigue ensimismada sentada en el suelo. Pausa.** CLEMENTE **se queja.)**

CLEMENTE.- ¡Ay!... ¡Ay, Dios!... ¡Ay, qué han hecho conmigo!... Lo que han hecho conmigo no se hace con un perro, no... Con un perro no se tiene tanta crueldad... ¡Oh, cómo se han burlado de mí, cómo se han reído...! Y en qué manera me han dejado, que no parecía yo sino una basura que se tira... ¡Ay, desgraciado de mí, que no lo hay más desgraciado bajo el cielo! ¡Ay, Dios mío, qué desgraciado soy!... **(Se incorpora un poco y se acerca a gatas a** SATURNA**, llamándola con timidez.)** ¡Aldonza! ¡Aldoncica!... **(**SATURNA **no le hace caso.)** Aldoncica, mírame cómo estoy, que me duelen todos los huesos...

SATURNA.- **(Triste, sin mirarle.)** Déjame, no te acerques.

CLEMENTE.- ¡Ay, qué tristeza tan grande, Señor!... ¿No te vas a doler de mí?... **(**SATURNA **mira a otro lado, con las cejas fruncidas.** CLEMENTE **insiste, haciendo pucheros.)** Acuérdate de Clementico...

SATURNA.- **(Irritada, se vuelve fríamente hacia** CLEMENTE**, nariz con nariz.)** ¡Cállate, no le nombres! ¡No le nombres!

CLEMENTE.- **(Se echa a llorar de golpe, a grandes voces.)** ¡Ay, Clementico, niño mío!... ¡Ay, mi niño, mi niño!... ¡Ay, mi niño!...

SATURNA.- **(A un tiempo conmovida y despectiva, le pone una mano en la cabeza, con ternura algo áspera.)** ¡Calla, calla!... No llores así...

CLEMENTE.- **(Al sentirse acariciado, se apresura a echarse boca abajo, acomodando la cabeza en el regazo de** SATURNA**. Sigue llorando, más blandamente.)** ¡Ay, ay!... ¡Ay, mi niño!... **(Cada vez más bajo.)** ¡Ay, mi pobrecito niño!... ¡Ay!...

SATURNA.- **(Acaricia maquinalmente la cabeza de su marido y mira al espacio, abstraída. La luz se concentra sobre ellos. Los suspiros de** CLEMENTE **se van extinguiendo.)** Yo no sé, no sé muy bien lo que ha pasado... Mi hijito se me ha ido entre los dedos, como si se hubiese vuelto agua... Parecía que iba a estar siempre a mi lado, me sentía tan segura... Pero llegó un alguacil a mi casa, y todo se acabó. Mi Clementico ha caído por el negro agujero de la muerte y ya nunca más me mirará con sus ojitos... ¡Ay, nunca! ¡Nunca, qué palabra tan honda y tan negra, que parece un pozo! ¡Un pozo que no acaba!... ¿En el fondo de qué río helado se está deshaciendo tu carita? ¿En qué montón de cenizas frías te estás convirtiendo en polvo de silencio? ¡No lo sé, no lo sé!... ¡Ay, niño, que ya no sé nada de ti!... **(Corta pausa. Se le anima el rostro.)** ¡Pero tú estás cerca, estás cerca!... ¡Estás agora dentro de mí, envuelto en mi sangre!... Porque siento que somos uno solo. Somos uno solo tú y yo, y cuantos Clementicos han muerto y seguirán muriendo, todos los niños presos, silenciosos y ocultos en el corazón de los hombres, que no pueden ver la luz y que son azotados cada día hasta que mueren sin que nadie lo sepa... Todos, todos somos tú. **(Silenciosamente reaparece la red vacía, que va descendiendo sobre** SATURNA **y** CLEMENTE**.)** Todos cuantos estamos cosidos en esta negra trampa sin salida, los que lo estarán después, todos somos Clementico, todos somos uno. ¡A lo menos eso, lo tenemos que saber, lo tenemos que saber!... **(Baja la vista, para mirar a** CLEMENTE **y ve que está dormido como un marmolillo. Se le hunde el ánimo. Deja caer la cabeza sobre el pecho. Y los hombros se le agitan por sollozos desesperados. La red cae suavemente sobre ellos y los envuelve.)**

(Oscuro.)

Cuadro XII

Se oye en la oscuridad la voz de DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

QUEVEDO.- Se acabó el cuento, y agora estamos a oscuras por tu ventolera de soplar el candil. **(Da palmadas.)** ¡Hola! ¡Eh! ¡Rosica, Ambrosio! ¡Hola! ¡Traigan luz! ¡Luz! **(Nuevas palmadas.)** ¿No me oyen? ¡Luz, he dicho!

DON PABLOS.- **(Burlón.)** ¡Ay, don Francisco, cada día son más perezosos los criados!

QUEVEDO.- **(Con ruido de corrimiento de silla.)** Los echa a perder el mal ejemplo de ciertos pícaros.

DON PABLOS.- ¿A dónde va vuesa merced?

QUEVEDO.- **(Se oyen sus pasos irregulares.)** ¡Dónde he de ir, sino por luz!

DON PABLOS.- Puesto que ya los ha despertado, espere que se la traigan… ¿No me oye? **(Silencio.)** ¡Señor don Francisco! **(Silencio.)** ¡Medrados estamos! ¡Casi dos horas de discurso, y en lo único que piensa es en la luz!...

(Entra QUEVEDO**, sosteniendo el candil encendido.)**

QUEVEDO.- No hay cosa como la luz, bendito sea Dios. Mira que no la apagues de nuevo.

DON PABLOS.- ¿Y qué le ha parecido a vuesa merced de mi historia, que no me ha dicho nada?

QUEVEDO.- **(Sentándose.)** Deja, deja que me asiente, que me tiene doblado este enfriamiento.

DON PABLOS.- Por la cara que tiene, apostaré a que no le ha satisfecho.

QUEVEDO.- Es prolija en demasía, Pablos. No podrá ir en el libro, que echaría a perder la unidad del tema.

DON PABLOS.- ¿Y por la sola causa de la unidad del tema, no dirá la ruin manera en que mi hermano fue muerto?

QUEVEDO.- **(Cociendo la pluma.)** Sí diré, Pablos; sí diré por complacerte, pero ha de ser con brevedad, que de otra manera no es posible.

DON PABLOS.- **(Se acerca a** QUEVEDO**, que ya está escribiendo.)** Por breve que sea, si va escrito por vuesa merced será cosa grande.

QUEVEDO.- **(Dejando de escribir.)** Pues escucha, que ya está. **(Lee.)** «Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel». **(Deja el papel.)** ¿Qué te parece?

DON PABLOS.- **(Estupefacto.)** ¿Eso es todo?

QUEVEDO.- Bien quisiera yo que fuese más, pero el libro del Buscón ha de tratar de ti, y tú no tienes parte en la historia de tu hermano...

DON PABLOS.- Al llamarle «angelico» en sentido irónico, parece estar del lado de quienes lo mataron. ¿Piensa así en verdad don Francisco de Quevedo?

QUEVEDO.- Tienes que distinguir entre lo que yo pienso y lo que a mí me mandan pensar. Ese sentido irónico puede valer para el pensamiento que está ordenado y así he dicho lo que quería en la única manera en que se puede decir.

DON PABLOS.- A eso llamo yo jugar a dos barajas.

QUEVEDO.- **(Con un gesto de impotencia.)** Y si no hay otro remedio...

DON PABLOS.- Mire mucho cómo lo hace. También mi madre quiso hacello, y ya ve cómo paró.

QUEVEDO.- ¡Famosa Saturna!... Y dime, ¿qué fue della?

DON PABLOS.- Luego que mataron a mi hermano se dio más a la hechicería, que antes no había hecho sino florear. Años después, siendo yo mozo, la prendió la Inquisición y la quemaron en Toledo...

QUEVEDO.- **(Sobresaltado.)** ¿La quemaron dices? ¿A tu madre Aldonza la Saturna, la quemaron?

DON PABLOS.- Sí, la quemaron, eso he dicho. ¿Le sorprende mucho a mi señor don Francisco?

QUEVEDO.- No, no... **(Pensativo.)** Así que no acabó la historia llorando por su hijo, sino ardiendo en una plaza...

DON PABLOS.- En la del Zocodóver. **(Burlón.)** Las historias nunca acaban, señor de Quevedo...

QUEVEDO.- Ya, ya lo sé... **(Reacciona.)** En fin, se ha perdido la noche. Es muy tarde para escribir ya nada. Dormiré aquí mesmo lo poco que queda hasta la mañana. No quiero irme a la cama, que estará muy fría...

DON PABLOS.- ¿Qué ánimos son esos, don Francisco de mi alma?

QUEVEDO.- Ya paso de los cuarenta, y el frío no me hace bien.

DON PABLOS.- Somos de una edad.

QUEVEDO.- Pero yo soy de carne mortal, y tú no. Agora es cuando puedes soplar el candil.

DON PABLOS.- ¿Y para eso lo trujo encendido hace nada?

QUEVEDO.- Conviene la luz al que está despierto, no al que duerme.

DON PABLOS.- Y vuesa merced piensa que agora ha de dormir como un bendito, ¿no es cierto?

QUEVEDO.- Ese es mi propósito, Pablos, aunque no se si podré.

DON PABLOS.- Tal pudiera ser que, en apagando este candil, se encendiesen otras luces en la escuridad, y con ellas durmiese menos.

QUEVEDO.- Mira, no filosofemos a estas horas. Apaga y vámonos.

DON PABLOS.- **(Solemne y burlesco, poniendo el apagador, sobre la torcida.)** ¡Deshágase la luz! **(Oscuro.)** ¡Duerma tranquilo, el señor escritor!

QUEVEDO.- **(El oscuro no es total, y se ve su silueta.)** Será si tú me dejas.

DON PABLOS.- **(Invisible, alejándose la voz.)** Ya, ya le dejo, don Francisco. Vea de tener buenos sueños.

QUEVEDO.- Lo que veo es que no dormiré, me duele la cabeza. Es el enfriamiento. No te vayas, Pablos. **(Silencio.)** Pablos, ¿estás ahí? **(Silencio. Fuerte.)** ¡Pablos!

(Le contesta la voz de SATURNA**, con un estridente alarido.)**

QUEVEDO.- **(Se incorpora asustado derribando la mesa.)** ¡Voto a Dios! ¡Bien sabía yo que no dormiría!

SATURNA.- **(Se oye su voz, gritando.)** ¿Cómo puedes pensar en dormir? ¿Cómo puedes? Si don Francisco de Quevedo se duerme, ¿quien velará? ¡Mírame! ¡Abre los ojos, si es que los tienes!

(Sobre el fondo oscuro del espacio escénico, a un nivel elevado, se ilumina repentinamente a la SATURNA**, ardiendo en la hoguera. Sobre la actriz en vivo, se proyectan las llamas filmadas y el humo, que la rodean y a veces la ocultan, mientras se oye un fuerte crepitar.)**

QUEVEDO.- **(Agarrándose la cabeza.)** Aunque no los abriera, te viera lo mesmo... Es la fiebre que tengo, sólo fiebre y delirio... Esa lumbre, no es sino mentirosa apariencia, ilusión varia de mis sentidos, tramoya y fingimiento...

SATURNA.- **(Gritando.)** ¡Tramoya y fingimiento, dices! ¡Ay, sí! ¡Para ti sí lo es, pero no para mí! ¡Ay, si para mí también lo fuera! Entonces, estaríamos iguales; pero no lo estamos, no. ¡No son fingidas las hogueras que a mí y a los míos nos abrasan vivos! ¡No son fingidas las torturas y las cárceles! ¡Ni el hambre y la miseria, ni el dolor y la desesperación! ¡No, no son fingidas para nosotros sino muy verdaderas! ¡Para ti sí, que sólo te las imaginas, pero nosotros las sufrimos! ¡Esa es la diferencia que va de unos a otros! ¡La maldita diferencia!

QUEVEDO.- También yo padezco, Saturna, créeme. Siento tus dolores en el corazón...

SATURNA.- ¡Ay, yo los siento en toda mi carne! ¡Siento hervir la grasa y romperse los nervios y tendones! En el corazón no siento dolor, ahí no tengo sino odio... ¡Malditos seáis tú, y cuantos son como tú! ¡Malditos seáis todos! ¡Todos los que escribís y los que leéis, los que coméis y dormís mientras las hogueras alumbran las plazas y los gritos rompen el aire! ¡Los que sufrís fingidamente un dolor que sólo es nuestro!... Vuestro dolor de corazón no nos sirve de nada ni en nada nos ayuda, vuestra mala conciencia es cosa vuestra, no esperéis gratitud a cambio della...

QUEVEDO.- **(Derrumbado.)** Saturna, eres injusta, considera con quien estás hablando. Yo soy quien menos merece que le aflijas con tus recias palabras...

SATURNA.- **(Mientras crecientes columnas de humo la van ocultando y haciendo la oscuridad.)** ¡Anda, vete a dormir! Yo muero agora y otros muchos me seguirán, pero tú dormirás bien tranquilo, con tu dolor en el corazón... **(Colérica.)** ¡Ese dolor no te pone a mi lado, te pone frente a mí! ¡Ni a mí un papel me apartó de los míos, ni ese dolor te aparta de tu gente! Engáñate a ti mesmo si eso te complace, pero a mí no me engañas. Os conozco: ¡tú y los tuyos matasteis a mi hijo y me habéis puesto aquí!

QUEVEDO.- **(Acongojado.)** Eso no es cierto, Saturna... Yo...

(Le interrumpe un terrible aullido de SATURNA**, al tiempo que la filmación proyecta sobre ella un gran chisporroteo, seguido de un denso humo.)**

SATURNA.- **(Con voz rota y fuerte, mientras el humo filmado se hace oscuro.)** ¡Vete, vete a dormir!

QUEVEDO.- **(Mientras se le hace el oscuro.)** ¡Dormir! ¡Quién podrá dormir, una vez hecha la luz!

(Oscuro.)